6714

Mar de Leva!

Vancells

¡MAR DE LEVA!

Digitized by the Internet Archive
in 2015

https://archive.org/details/mardelevapoemadr554vanc

José Vancells y Marqués

¡MAR DE LEVA!

POEMA DRAMÁTICO

DE

COSTUMBRES MARÍTIMAS

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

BARCELONA. — 1897

IMPRENTA DE HENRICH Y C.ª EN COMANDITA
Pasaje de Escudillers, 4

La propiedad de esta obra pertenece á su autor y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni ponerla en escena en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Teatro Español

DIRECCIÓN Madrid 19 de Diciembre 1898

Señor Don J. Vancells y Marqués.

Muy señor mío y distinguido amigo.

Debo manifestarle para su conocimien-
que su obra; Mar de leva, está admi
a por la junta; pero que no se estabi.
turnos hasta que pasemos de las fun
nes de Pascua: Cuando se ponga en
tudio tendré el gusto de participárselo
ra su conocimiento

Sin más por hoy, tiene el gus
de ofrecerse suyo afmo amigo y SS

q. s. m. b.

José Mata

Madrid.

677454

Á MIS DISCRETOS LECTORES

Admitido oficialmente este drama por la Junta Directiva del Teatro Español, de Madrid, para ser estrenado en el mismo, como lo justifica el precedente documento, no pude ver realizados mis justos deseos por la incomprensible falta de formalidad en los caballeros, que formaban la meritada Junta, para cumplir con tan sagrado compromiso.

Convencidísimo de que sin valiosos protectores ó sin acudir á *ciertas bajezas*, hoy día muy en uso, no lograría que mi drama se estrenase en el Teatro Español, de la Coronada Villa, renuncié á tal honor y reclamé la devolución del original á la Junta Directiva del mismo.

¡Inútil empeño el mío!

«*El original de* ¡Mar de leva! *se ha extraviado.*»

¡No merecí más que esta desesperante contestación!

Ya sé que podía ampararme de los Tribunales de Justicia para que se diera cumplimiento al compromiso oficialmente contraído conmigo; pero no quise tomarme tal molestia por abrigar el convencimiento de que cosecharía muchos disgustos y, quizás, muy amargas decepciones.

¡Afortunadamente para mí, guardaba el borrador de ¡MAR DE LEVA!

Para que algún día no aparezca mi drama en escena con otro título y nuevo *papá*, doylo á luz sin estrenar, siguiendo los consejos de eximios literatos, con cuya amistad me honro.

Figueras, 15 de Noviembre de 1897.

José Vancells y Marqués.

PERSONAJES

JUANA, *negra*, treinta y cinco años de edad.
ROSA, veinticinco años.
VENTURA, veinticinco años.
BALSÁN, sesenta años.
JULIO, veinte años.
RAMÓN, treinta y tres años.
TIMONEL, sesenta y cinco años.
PEDRO, treinta años.
ANTÓN, sesenta años.
SAGRÓN, sesenta años.
TORTOSÍ, sesenta años.
DOCTOR, cuarenta años.
ALCALDE, treinta y cinco años.

HOMBRES DEL PUEBLO, MARINOS, CABALLEROS Y AYUNTAMIENTO

La acción se supone en Masnou, villa de la costa de Cataluña, y en la época presente.

El primer acto en la casa de Antón, los demás en la de Balsán.

Por derecha é izquierda se entiende la del espectador.

ACTO PRIMERO

Sala de la casa de ANTÓN modestamente amueblada. Puerta al foro, que da á la playa; dos á la derecha; á la izquierda una ventana con reja en la primera caja y una puerta en la última. El acto empieza y termina cerrada la noche en el mes de Septiembre.

ESCENA PRIMERA

ROSA, bordando un pañuelo. ANTÓN, leyendo un periódico á la luz de una lámpara

ROSA. ¡El silencio de Ramón (Con tristeza.)
me tiene desconsolada!
¡Seis meses! que son seis siglos,
sin tener de él una carta!
¡El que relega al olvido,
padre mío, es que ya no ama!

ANT. Cuando el marino se aleja
con su nave de la playa,
tan sólo Dios sabe, Rosa,
si ha de volver á su patria,
ó si en el fondo del mar
hallará fría mortaja.

ROSA. ¡Calle usted, que me asesinan
estas lúgubres palabras!
ANT. No desconfíes del pobre,
que á bordo de vieja barca,
sin temor á los abismos,
que el mar proceloso horada,
¡horribles, ignotas tumbas
que para el nauta prepara!
lucha con los huracanes,
huella las olas airadas,
salva escollos y arrecifes
con la esperanza en el alma,
la mirada en una estrella
y el corazón en la patria,
dónde anhela regresar
con la fortuna amasada
con el sudor de su rostro,
para rendirla á las plantas
de la ingrata, que se olvida
de la grandeza de su alma.
ROSA. Le quiero tanto, que siempre
temo que su pecho lata
al impulso de otro amor.
ANT. Si te adora...
ROSA. ¡Ó que una ráfaga
al fondo del mar sumerja
de mi dicha la esperanza!
ANT. Dios no lo permita, Rosa. (Acariciándola.)
Vamos, la zozobra amaina,
que pronto el fresco garbino,
juguetón, rizando el agua,
le bolineará la nave
para dar fondo en la playa.
ROSA. ¡Ventura sí que es dichosa; (Después de pausa.)

de mi hermano siete cartas
ha recibido en un año!
¡Pedro sí que la idolatra!

ANT. Y yo temo, en cambio, que ella
á mi noble Pedro engaña.

ROSA. ¡Imposible!...

ANT. Hace ya días
que desde la iglesia á casa
da remolque á cierto joven
rico, elegante...

ROSA. Infundadas
son esas sospechas, padre.
Pedro es su dicha más alta.
Por más caza que le dé
su pecho otro amor no embarca.

ANT. Como Pedro es un marino
que, gritando en las borrascas,
alijó el meloso acento
que á las mujeres encanta,
y, hombre como es él, le apesta
la afeminada elegancia
del lechuguino, que el día
acicalándose pasa,
bien pudiera suceder
que Ventura, deslumbrada
por la posición, cediese...

ROSA. Esto sería una infamia.
No.

ANT. La ingratitud no es cosa
inverosímil ni escasa.

ROSA. ¡No es posible que en un pecho
pueda caber mengua tanta!

ANT. ¡Ay!... si cupiese!...

ROSA. No, padre.

ANT. Maldijera...
ROSA. ¡Por Dios; basta!...
ANT. La hora en que expuse mi vida
por librarla del pirata.
(Aparece Ventura en escena por la puerta del foro)
ROSA. (Aquí está.) (A Antón.)
ANT. (Nada le digas, (A Rosa.)
que el tiempo todo lo aclara.)

ESCENA II

DICHOS Y VENTURA

Rosa y Ventura vestirán con elegancia; pero con pañuelo de seda en la cabeza por ser costumbre en la costa catalana

ANT. ¿Vienes ya de visitar
á tus enfermos, Ventura?
VENT. Sí, señor.
ANT. Bien. La amargura
debemos siempre endulzar
del pobre que sufre ó llora,
pues quien da al triste consuelo
justo premio halla en el cielo
después de la postrer hora.
Santo deber te impusiste;
cumple con ese deber;
pero evita...
VENT. ¿Qué? (Sorprendida.)
ANT. Tener
encuentros como tuviste.
VENT. ¡Yo!...
ROSA. Sí: de ti se murmura.
VENT. ¡De mí! ¿Qué dicen?
ROSA. Que hablabas

con un joven y olvidabas
á quien te adora.

ANT. Ventura,
no hagas que el que en ti confía,
al llegar á nuestra playa,
súbito á pique se vaya
topando con tu falsía.

ROSA. Sí, que Pedro sin tu amor
dejaría de existir.

(Oyese llamar á la puerta del foro.)

ANT. Llaman, Rosa.

VENT. (¡He de fingir!...)

ANT. ¿Quién será?

VENT. (Mi salvador,
que me saca de este apuro.)

ANT. (¡Balsán!) (Sorprendido.)

ESCENA III

DICHOS Y BALSÁN

BALS. Deseo tratar (A Antón.)
de un negocio de la mar,
que aceptará, de seguro.

ANT. Pues, sentémonos. Con gozo
tengo que escucharle, á fe,
que treinta años navegué,
y á tal recuerdo remozo.

VENT. (¡Ah! de Julio el padre aquí!
(Sorprendida y yéndose con Rosa.)
¡Me extraña mucho!...)

ROSA. (¡Balsán!...) (Admirada.)

ESCENA IV

ANTÓN Y BALSÁN

BALS. (¡Guapa moza al perillán
para mujer le elegí!) (Mirando al soslayo á Ventura.)
Hijo soy de este lugar (A Antón.)
como sabe usted, señor.
ANT. Sí, y el santo protector
del que carece de hogar.
BALS. Santo no, por vida mía;
no, cumplo con mi deber,
y al hacerlo, de placer
mi corazón se extasía.
Dicen que usted tiene un hijo
que, aunque cuenta pocos años,
le admiran propios y extraños
por su talento prolijo;
que, nacido en alta mar,
tuvo una cofa por cuna
y lee en la blanca luna
el tiempo que ha de reinar;
que es valiente, fuerte, honrado
á más no poderlo ser.
ANT. ¡Cuánto le ha de agradecer!...
BALS. Tal afirman. Y he pensado
que él, mejor que otro, podría
mi bergantín comandar.
ANT. ¡Obligado le ha de estar!
BALS. ¿Usted visitó el *María*?
ANT. No, señor.
BALS. Del astillero

no ha salido otro mejor.
En largando la mayor
y el trinquete, al más velero
le hará su estela besar,
y ninguna corredera
marcar las millas pudiera
teniendo de popa el mar.
Es á la capa una roca;
las olas muerden su quilla
sin arrancarle una estilla,
le ciñen cual nívea toca.
¡Y puesto en facha! Parece
cisne de nítida pluma
que entre la crespada espuma
bello y juguetón se mece.
A su bordo todo sobra
por la más gruesa avería,
y el capitán del *María*
tres mil reales al mes cobra.
(Sacando un documento del bolsillo.)
Si esto á su Pedro conviene
puede, si gusta, al momento
firmar este documento.

ANT. Si está en la mar.

BALS. ¿Cuándo viene?

ANT. Creo que de Mayagüez
salieron el mes pasado.

BALS. ¿Qué buque manda?

ANT. El *Conrado*.

BALS. Esta mañana, á las diez,
en Barcelona me hallaba,
y, si mi vista no miente,
de la Riba he visto al frente
cuando él las anclas echaba.

¿El *Conrado* es de Juliá?

ANT. Sí, señor, sí.

BALS. Pues ya su hijo,
capitán Pedro, de fijo
que en Barcelona estará.

ANT. ¡Ventura! ¡Rosa! ¡Oh placer! (Llamándolas.)

ESCENA V

DICHOS, ROSA Y VENTURA

Hoy á Pedro abrazaremos. (A las dos.)
Á Barcelona marchemos.
Anda á mudarte, mujer. (A Ventura)

(Antón y Rosa entran en sus respectivas habitaciones. Balsán detiene á Ventura.)

ESCENA VI

BALSÁN Y VENTURA

BALS. Sé que mi Julio te adora.

VENT. ¡Á mí? (Sorprendida.)

BALS. ¡Vaya! y con locura.
Y ¿tú le quieres, Ventura?

VENT. Sí, señor...

BALS. Pues, desde ahora,
vuestros amores protejo
con tal que ambos me juréis
que siempre os adoraréis.
¡Cuánto os amará este viejo!

VENT. Lo juro.

ESCENA VII

DICHOS Y ANTÓN

ANT. Pronto el tren sale. (Mirando el reloj.)
Anda, que es tarde. (A Ventura.)
VENT. Ya voy. (Yéndose.)

ESCENA VIII

BALSÁN Y ANTÓN

BALS. Juraría, por quien soy,
que no existe quien iguale
en belleza á esas hermosas.
¡Muy orgulloso estará
con tales pimpollos?
ANT. ¡Cá!...
Son honradas y hacendosas,
que es lo que un padre desea.
Esa, que es también de casa,
dentro de poco se casa
con mi Pedro.
BALS. (¡Quién lo crea!...)
¿Con su Pedro? No comprendo...
¿No es su hermano?
ANT. No, señor:
sólo soy su protector,
BALS. ¡Su protector! No lo entiendo...
ANT. Palabra es ésta que encierra

una tristísima historia.
Atienda.

BALS. (¡Ah!) No...
(Muy conmovido y contrariado.)

ANT. ¡La memoria
de tal desastre me aterra!

BALS. No se moleste... Otro día,
con más calma que hoy, podremos
reunirnos y...

ANT. Tenemos (Mirando el reloj.)
tiempo.

BALS. Mas yo sentiría
que no pudiesen marchar
por eso.

ANT. ¡Historia sangrienta!
(Desatendiendo las palabras de Balsán.)
Era el marzo del cuarenta
y me hallaba en alta mar,
á cien leguas de la Habana,
cuando el gaviero me avisa
que, á pocas millas, divisa
con bandera catalana,
un bergantín sin derrota,
cual si á su bordo no hubiese
timonel que lo rigiese
ni mano alguna á la escota.
Mando en seguida virar
proa á él y, en un momento,
pues tuve de popa el viento,
pude á su bordo saltar.
Lo que allí vi ¡santo cielo!
fué la gente degollada (Con emoción creciente.)
(Balsán horrorízase de sí mismo.)
y en una verga colgada
una mujer por el pelo.

Debajo de ella, tendida
y en propia sangre nadando,
vi tierna niña expirando,
que estaba hondamente herida.
En mi bote la metí
y al buque la trasbordé,
sus heridas restañé
y la pobre volvió en sí.
¡Infeliz! Al despertar
de aquel sueño de agonía
con triste voz me decía:
«Quiero á mi madre besar;
no la matéis, no ¡villanos!
que ella me adora y es buena!»
¡Y dirigía con pena
hacia las vergas las manos!

BALS. (¡Oh! Dios mío!)

ANT. ¡Era Ventura
la niña que así clamaba!
Yo, besándola, juraba
endulzar tanta amargura
y degollar al traidor,
vil pirata, si algún día
al alcance se ponía
de mi brazo vengador.
Vengarla aún no he podido,
que inútilmente he buscado
al asesino malvado;
en ampararla he cumplido.

BALS. ¡Pobrecita! (Conmovido.) Sentiría
(Después de pausa.)
que se le escapase el tren.

ANT. Suya es mi casa.

BALS. También

puede mandar en la mía.
Amigo... (Tendiendo la mano á Antón.)

ANT. Vaya con Dios. (Estrechándosela.)

ESCENA IX

ANTÓN, VENTURA Y ROSA. Vestidas ambas con elegancia

ANT. Bendigo el feliz instante
que él pisó mi humilde casa.
¡No hay quien en bondad le iguale!
¡Ah! cuando Pedro lo sepa!
¡Qué alegría tendrá!

ROSA. Padre,
¿qué sucede?

ANT. ¡Casi nada!...

VENT. ¿Qué?

ROSA. Diga.

ANT. Que no habrá nadie
en la catalana costa
que mejor buque comande.

VENT. (Su llegada intempestiva
desbarata nuestros planes.)

ANT. Vámonos, niñas. ¿Quién entra?

(Aparecen en escena Pedro y Timonel. El primero vestirá traje de chaqué, con descuidada elegancia: el segundo pantalón negro, blusa azul de lana, faja de color claro y barretina marinera de vuelta blanca. Timonel llevará la maleta del capitán.)

ESCENA X

DICHOS, PEDRO Y TIMONEL

ANT. ¡Y es Pedro!

PEDRO. ¡Querido padre! (Abrazándole.)

¡Rosa! ¡Ventura! ¿Estáis bien?

ROSA. Felices por abrazarte.

PEDRO. ¡Esta dicha bien compensa
tantos meses de pesares!

TIM. Capitán, ¿dónde pondré
esta maleta de viaje?

PEDRO. Acompáñale á mi cuarto. (A Rosa.)

(Vanse Rosa y Timonel.)

ESCENA XI.

ANTÓN, VENTURA Y PEDRO

PEDRO. Es el hombre que más vale (Refiriéndose á Timonel.)
de cuantos surcan la mar;
no hay escollo que él no salve,
tormenta que antes no augure
ni trabajos que le cansen:
tiene los brazos de acero
y los sentimientos de ángel.
¡Oh! con tales timoneles
no hay un buque que naufrague.
Es tan bueno, que le llama
la gente de abordo, *padre*.

ANT. ¿Contigo le llevarás
cuando el *María* comandes?

PEDRO. No comprendo.

ANT. ¡Con fortuna
hoy esta playa pisaste!
De aquí se marcha Balsán,
el millonario, ya sabes...

PEDRO. Sí. Y ¿á qué vino?

ANT. A pedirte

que del *María* aceptases
la plaza de capitán
y con ella tres mil reales
todos los meses, que es mucho.

PEDRO. No hay capitán que los gane.
¡Triple sueldo del que tengo!
Me caso al volver de viaje.

(Fuerte sensación de disgusto en Ventura, que no advierten ni Antón ni Pedro.)

ANT. Vamos, solitos os dejo.
Algo tendrás que contarle
después de tan larga ausencia.

VENT. Puede usted quedarse, padre.

(Antón queda escuchándoles detrás de la puerta.)

ESCENA XII

DICHOS Y ANTÓN, desde la puerta entornada

PEDRO. ¡Cuánto anhelaba, Ventura,
estrecharte entre mis brazos
y en tan amorosos lazos
contemplar tu imagen pura!
Tal delicia no trocara
por las riquezas que encierra
en sus entrañas la tierra.
¡Oh! nadie cual yo te amara!
Dime, ¿me quieres, mi bien?

VENT. Mucho, Pedro.

PEDRO. Moriría
si en tu pecho se extinguía
este amor, que es mi sostén.

VENT. ¡Extinguirse!... Esto jamás.

(Sólo así puedo salvarme.)

ANT. (Tranquilo puedo marcharme,
que se adoran.)

ESCENA XIII

PEDRO Y VENTURA

PEDRO. ¿Por qué estás
tan inquieta? ¿Qué te pasa?

VENT. Nada. Es la dulce emoción
que siente mi corazón
por verte otra vez en casa.

PEDRO. ¿Tánto me amas?

VENT. Con locura;
ya lo sabes.

PEDRO. ¡Vida mía!
Bien pronto lucirá el día,
día de inmensa ventura,
que el ministro del Señor
unirá con lazo eterno,
santificador y tierno
nuestras almas.

VENT. (¡Oh! qué horror!)
No tan pronto...

PEDRO. ¿No deseas
ser mi esposa?

VENT. Mucho, sí...
pero... (¡Cuánto sufro!)

PEDRO. Di.

VENT. Mucho lo anhelo... No creas...
Temo... que en siendo tu esposa
tu cariño disminuya.

PEDRO. No hay fuerza, no, que destruya
esta pasión tan hermosa.
De mi amor la intensa llama
crecerá desde el momento
que un solemne juramento
me ligue con la que me ama.
Alija, pues, de tu pecho
ese temor infundado
y no me hagas desdichado
cuando tan feliz me has hecho.

ESCENA XIV

DICHOS Y ROSA

Rosa avanza de puntillas y se coloca detrás de los dos, sin ser vista por ellos hasta el tercer verso

PEDRO. ¿Serás pronto mía?
VENT. Sí.
(Debo evitar que sospeche.)
ROSA. Permitidme, pues, que os eche (Bendiciéndoles.)
las bendiciones. Lo oí.
¿Te ruborizas? Locura... (A Ventura.)
¿No sabes cuánto deseo
que pronto en dulce himeneo
completéis vuestra ventura?
VENT. Sí, ya sé que me amas, Rosa.
PEDRO. Y ¿de Ramón qué has sabido? (Con interés á Rosa.)
ROSA. De Ramón ¡ay! no he tenido
ni una carta.
VENT. Está quejosa,
porque se cree olvidada.
PEDRO. Mal haces en pensar esto;

si no te ha escrito, muy presto
deberá estar de arribada.

ROSA. ¡Plegue á Dios!

ESCENA XV

DICHOS, ANTÓN Y TIMONEL

Salen los dos últimos conversando amigablemente

ANT. Debe aceptar
lo que Balsán le ha ofrecido.

TIM. La suerte que le ha cabido
no la puede despreciar,
porque á bordo del *Conrado*
nunca prosperar pudiera,
que es nave poco velera,
vieja y de escaso calado.
Sin tan hábil capitán
ni un día en él navegara,
aunque por ello ganara
los tesoros del Sultán.
Desde el Estrecho á Alicante
¡qué ciclonada! Sin su hijo
buque y nosotros, de fijo,
que no pasamos avante.

ROSA. ¡Jesús! ¡Qué oficio tan bueno! (Con ironía.)
¡Siempre expuestos á morir!

TIM. Si bien se llega á salir
de orgullo el pecho está lleno
y al dar fondo todo es gozo.
(Señalando á Ventura y á Pedro.)
¿No ve cuán felices son? (A Rosa.)

ROSA. ¡Verdad! ¡Pero mi Ramón

navega!

TIM. ¿Ramón? (A Antón.)

ANT. Un mozo,
patrón de barca, templado,
que la quiere en demasía.
¿Es cierto? (A Rosa.)

ROSA. Lo probaría
mejor estando á mi lado.

PEDRO. Sin motivo se atormenta.

VENT. No te angusties, ya vendrá. (A Rosa.)

ROSA. La que sin zozobra está (A Ventura.)
sin esfuerzo alguno alienta.

ANT. Pronto llegará, mujer.
(Teme por él y recela.) (A Pedro.)

ROSA. Venid conmigo. Una vela (A Ventura y á Pedro.)
quiero á San Pedro encender
para que á Ramón ampare.

PEDRO. Vamos allá.

(Entran los tres en la segunda habitación de la derecha.)

ESCENA XVI

ANTÓN Y TIMONEL

TIM. ¡Cuánto le ama!

ANT. Sí, le quiere con delirio.

TIM. Que Dios felices les haga.

ANT. Ya que solitos estamos,
dígame: ¿En una borrasca
cómo se porta mi Pedro?
¿Conserva serena el alma
ó el temor y la zozobra

en su joven pecho embarca?
TIM. ¡El capitán!... Si tenemos
dos ó tres días de calma
el fastidio le enflaquece,
no suelta ni una palabra;
triste y solo pasa el día
con sus libros y sus cartas.
Si el mar con ronca voz ruge
y negra se pone el agua
y el viento con furia azota
trinquete, gavia y mesana,
convirtiéndose las ondas
en altísimas montañas,
entonces está tranquilo
y alegre como unas pascuas;
parece que sólo goza
cuando los demás se espantan.
ANT. ¿Le quiere usted?
TIM. Con locura.
ANT. Doyle por ello las gracias,
y anhelo saber el nombre
del que á mi Pedro idolatra.
¿Se llama usted?
TIM. Timonel. (Contrariado.)
ANT. ¿Timonel á secas?
TIM. Hasta
¡ay! que consiga vengarme
de un infame y vil pirata,
juro que nadie sabrá
ni mi nombre ni mi patria.
ANT. ¿Qué le hizo?
TIM. ¿Qué? Me robó
lo que en el mundo más se ama:
¡el hijo mío!

ANT. ¡Jesús!
TIM. Y una fortuna amasada
con el sudor de mi rostro.
ANT. ¡Le compadezco en el alma!
Y ¿cómo fué?
TIM. ¿Estamos solos?
ANT. Sí, señor.
TIM. Ni una palabra
diga de cuanto refiera.
ANT. Se lo juro. (¡Me da lástima!)
(Después de cerrar la puerta del foro.)
Bien cerrada está la puerta.
TIM. Niño y pobre hacia la Habana,
esperanzado, marché
á bordo de una fragata
con el humilde destino
de juanetero, sin paga.
Durante la travesía,
que fué penosa y muy larga,
el capitán me cobró
mucho cariño y confianza,
y queriendo protegerme,
hízome empuñar la caña,
enseñóme las maniobras
y, rudimentos de náutica
Diez años consecutivos
navegué en dicha fragata,
teniendo todos los meses
veintitrés duros de paga.
Con mis ahorrillos compré
en Cienfuegos una barca
y tasajo en varios puertos,
que transportaba á la Habana.
¡Un magnífico negocio!

¡Cuánto quería, ganaba!
Tan bueno fué, que en doce años
pude adquirir dos brigbarcas,
más de cincuenta mil pesos,
veinte esclavos y una casa.

ANT. ¡Caramba qué fortunón!

TIM. Lo quintupliqué.

ANT. ¿Sí?

TIM. Vaya.
Rico ya, busqué familia,
que mi dicha completara:
me casé con una criolla
pobre, mas bella y honrada.
Al año de matrimonio
expiró mi dulce Clara
al dar á luz un robusto
niño de angélicas gracias.
Al perderla, á mi ambición
se le cayeron las alas;
y, en pos de tiernos consuelos,
pensé volver á mi patria.
Realicé cuanto tenía
y con el niño y con su ama,
á bordo de un buque mío,
salimos con rumbo á España.
Con mar gruesa y huracanes
con zozobra navegaba,
cuando en horrorosa noche,
de improviso, nos asalta
por la mura, á sotavento,
cuadrilla vil de piratas.
¡Ni apercibirse contra ellos
pudo la gente de guardia!
¡Caímos uno tras otro

bajo el filo de sus hachas!
¡Robáronme mi fortuna
y se llevaron al ama,
en cuyos brazos dormía
el hijo de mis entrañas!

ANT. ¡Jesús! ¡Dios mío! ¡Qué infames!
¿Qué buque era?

TIM. Una fragata.

ANT. ¡Fragata!

TIM. Sí, de alto bordo,
con cañones en las bandas,
teniendo izada en el tope
la bandera colombiana.
¡Hijo mío! ¡Hijo querido!

ANT. ¿Cómo se salvó?

TIM. Llevaba (Después de pausa.)
un buque de rey mi rumbo
y, al despuntar la alborada,
dióme auxilio y me libró
de la muerte, ya cercana,
pues por seis hondas heridas
la vida se me escapaba.
Trasbordáronme al navío,
y, después de once semanas,
del todo restablecido
en Cartagena fondeaba,
en donde de timonel
me embarqué en una fragata,
jurando dar vuelta al mundo
en pos de justa venganza.

ANT. Quizá algún día...

TIM. Ya no...

ANT. Tal vez...

TIM. Mi vida se acaba,

que apagó ya sus destellos
el astro de la esperanza.

(Llaman á la puerta del foro.)

ESCENA XVII

DICHOS, BALSÁN Y JULIO

BALS. ¿Con su permiso?
ANT. Adelante.
BALS. Si mal no me han informado,
¿el capitán ya ha llegado?
ANT. Sí, señor, hace un instante.
BALS. ¿Llegó bien?
ANT. Sin novedad.
Timonel... (Señalándole que pase recado á Pedro.)
TIM. Voy á avisarle.

ESCENA XVIII

ANTÓN, BALSÁN Y JULIO

BALS. ¿Pudo usted de aquello hablarle?
ANT. Y acepta. ¡Cuánta bondad!
BALS. Éste es mi hijo. (A Antón.)
ANT. Caballero, (Tendiéndole la mano.)
soy su humilde servidor.
JULIO. Fuera para mí un honor
serlo suyo, lo que espero.

ESCENA XIX

DICHOS Y JUANA

JUANA. Señor... (A Balsán desde la puerta del foro.)
(Juana entra precipitadamente en la sala, con una carta en la mano en cuanto Antón le autoriza con una señal para que pase adelante.)

BALS. ¿Qué me quieres, Juana?

JUANA. Esto acaban de traer. (Entregándole la carta.)

BALS. Urgente. Vamos á ver. (Leyendo el sobre.)
(Leyendo para sí, autorizado por Antón.)
«Capitán: esta mañana
hemos recalado aquí.
Como estamos averiados
por *temporales* pasados.
Ya usted nos comprende.» (¡Oh! sí.)
«Queremos con usté hablar,
sin que nadie se *aperciba;*
si consiente en ello, escriba
á la *Taberna del Mar*.
Tortosí. Pedro Sagrón »
(¿Qué me querrán? ¡Ah! ya sé.)

JULIO. Tan negra como la ve
(A Antón, acariciando á Juana.)
tiene hermoso el corazón.

JUANA. Señorito... (¡Aun él ignora
(Mucho sentimiento é intención al decir el aparte.)
el amor que le profeso!)

JULIO. Hasta alguna vez la beso. (A Antón.)
Es mi ama...

ANT. ¡Vaya! ¡Te adora!... (A Juana.)
(Signo afirmativo de Juana.)

JUANA. ¿Tiene usté algo que mandar? (A Balsán.)
BALS. Nada. Puedes irte, Juana.
JUANA. Queden con Dios.
JULIO. Africana,
(Dándole un golpecito en la espalda.)
hasta luego ¡Oh! sabe amar. (A Antón.)

ESCENA XX

ANTÓN, BALSÁN, JULIO, PEDRO Y TIMONEL

ANT. Mi Pedro. (A Balsán.) Tu protector. (A Pedro.)
BALS. Tiene usted cara, á fe mía, (A Pedro.)
de talento y bizarría.
PEDRO. No merezco tanto honor.
BALS. Ya su padre, según creo,
de mis planes le ha enterado,
y ¿acepta?
PEDRO. Con sumo agrado.
BALS. Bien, muy bien; es mi deseo.
Aquí están las condiciones.
(Le entrega una escritura.)
TIM. (¿Esta voz dónde la he oído?)
PEDRO. ¡Oh! gracias. (¡He conseguido (Después de leer.)
realizar mis ilusiones!)
BALS. En extremo me conviene (A Pedro.)
que se haga pronto á la mar.
PEDRO. ¿Cuándo tengo que zarpar?
BALS. Mañana. ¿Qué? ¿Mal le viene?
PEDRO. ¡Tan pronto!... Si hoy he llegado...
BALS. Pues zarpar dentro tres días.
PEDRO. Está bien.
BALS. Las mercancías

que en el *María* he cargado
perderían su valor
si otras llegasen primero
á Cuba. Por esto quiero
que parta.

PEDRO. Debo un favor
pedirle.

BALS. Que otorgaré.

PEDRO. Que mi contramaestre sea. (Señalando á Timonel.)

BALS. Conforme, si él lo desea.

TIM. ¡Oh! mil gracias.

BALS. No hay de qué.
Puede tomar posesión (A Pedro.)
cuando quiera del *María*.

PEDRO. Pues, mañana, al mediodía.

TIM. (Esa voz... No es ilusión; (Ensimismado.)
otras veces la he oído.)

ESCENA XXI

DICHOS Y VENTURA

VENT. La cena está preparada. (Desde la puerta.)
¡Ay! Dispénsenme... (Al ver á Balsán y á Julio.)

BALS. De nada.

ANT. Quedaré muy complacido
si honran mi mesa, señores.

BAL. Dimos á un amigo cita.
Otro día. ¡Qué bonita!
(A Antón, señalando á Ventura.)
¡Es de las más bellas flores
de la costa catalana!

ANT. De mi Pedro es la futura. (A Julio.)

JULIO. ¡Cuánto me alegro! (A Antón.) (Ventura,
te aguardo tras la ventana.) (Rápido.)
BAL. Señores, hasta más ver.
ANT. Vayan ustedes con Dios.
VENT. (Si fuesen ricos los dos,
de Pedro había de ser.)
(Antón cierra la puerta del foro con llave y aldabas.)

ESCENA XXII

ANTÓN, TIMONEL, PEDRO Y VENTURA

ANT. Amarra el brazo á Ventura, (A Pedro.)
que nos aguarda la cena.
PEDRO. Vamos allá, que sin lastre (Dándoselo.)
con zozobra se navega.
(Vanse por la segunda puerta de la derecha.)

ESCENA XXIII

ROSA

ROSA. ¡Ay! al verles tan dichosos
siento gozo. Y siento pena
al pensar en mi Ramón,
que Dios sabe do navega.
(Abre la ventana con reja, iluminada por la luz de la Luna, y contemplando el satélite, apasionada y melancólica, exclama:)

(Se recomienda la siguiente invocación.)

¡Ay! triste Luna, — que, desde el cielo,
ves del que sufre — su desconsuelo

y, confidente — de los que se aman,
calmas sus penas — cuando te aclaman,
sé mensajera — de mis amores,
y mientras besen — tus resplandores
las blancas lonas — de su bajel
¡ay! dile, Luna, — que pienso en él!
Si al oirte lanza — tierno suspiro
y á ti te mira — cual yo te miro,
deja que caiga — tu luz preciosa
sobre su cara — curtida, hermosa;
hincha sus velas — con brisa suave
para que en breve — llegue su nave,
dile: ¡que le amo — con frenesí,
que vuelva pronto, — que piense en mí!

(Rosa queda en éxtasis.)

ESCENA XXIV

ROSA Y VENTURA

Ventura cabizbaja, enzarzada en reflexiones, adelanta hacia la ventana sin ver á Rosa

VENT. Julio me estará esperando,
impaciente tras la reja.
¿Qué haces aquí, hermana mía?

(Sorprendida al ver á Rosa.)

ROSA. ¡Qué he de hacer! ¡Alentar penas!

(Después de entornar la ventana.)

VENT. Eres muy niña, si tomas
las cosas de esa manera.
¡Siempre tan triste y llorosa!... (Con cariño.)
¡Jesús! Te pondrás enferma.

ROSA. ¡Enferma!... No: si muy pronto

mi amado Ramón no llega,
mataránme, hermana mía,
los celos y la tristeza.

VENT. ¡Qué tonta!... Mientras tú lloras,
quizás, Ramón...

ROSA. ¡Ay! mis penas
no exacerbes. ¿A qué vienes?
¿Por qué de Pedro te alejas?

VENT. Padre me manda decirte
que les traigas esas brevas
de Janer, que te encargó.

ROSA. ¡Dónde tengo la cabeza!

(Vase Rosa por la puerta primera de la derecha.)

ESCENA XXV

VENTURA

VENT. ¡Ay! Siento el alma abatida
al acercarme á la reja.
Engañar á quien me adora
me causa horror y vergüenza.
¡Desfibrar el noble pecho
de Pedro!... ¡Tenaz idea!...

(Con resolución, abriendo la ventana.)

Quiero ser rica señora,
de la costa la primera.

ESCENA XXVI

JULIO Y VENTURA

JULIO. ¡Mi esposa! Cuando del puerto

(Con pasión, cogiendo la mano de Ventura.) (Sorpresa en Ventura.)

nuestro bergantín se aleje

y en paz mi rival nos deje,
nos casaremos.

VENT. ¿Es cierto?

JULIO. Mi papá con esta idea
capitán de él le ha nombrado.

VENT. ¡Oh! dicha! ¡Mi dueño amado!
Tú quieres que feliz sea!

(Julio besa con pasión la mano de Ventura.)

Julio, que nos pueden ver. (Horrorizada.)
¡Por Dios!...

JULIO. ¡Vida de mi vida!

VENT. ¡Alguien viene! ¡Estoy perdida!

(Con terror, señalando la calle y haciendo esfuerzos para que Julio le suelte la mano.)

¡Huye!

JULIO. No temas, mujer.

(Ventura se desprende de Julio, cierra la ventana y entra precipitadamente en la puerta de la izquierda.)

ESCENA XXVII

ROSA

(Óyese llamar desaforadamente á la puerta del foro. Sale Rosa de la puerta primera de la derecha, llevando una caja de cigarros.)

ROSA. ¡Qué impaciencia! ¿Quién será?
¡Ya voy!... Voy... (Deja la caja sobre la mesa.)

(Abre Rosa la puerta y al ver á Ramón intenta arrojarse á sus brazos; pero es con fiereza rechazada por él. Rapidísimas las tres últimas escenas.)

ESCENA XXVIII

ROSA y RAMÓN

Ramón vestirá con elegancia traje obscuro de americana

ROSA. ¡Ramón de mi alma!
RAM. Atrás ¡infame! ¡perjura! (Rechazándola.)
ROSA. Ramón, por Dios ¿qué te pasa?
RAM. ¿Quién era el que tras la reja,
tu mano impura besaba?
ROSA. ¿Te has vuelto loco?
RAM. De celos;
digo de celos, de rabia.
Di, ¿quién era?
ROSA. ¡Y qué sé yo!
RAM. No lo niegues, que os miraba.
ROSA. No es verdad.
RAM. ¡Que no es verdad!
¿Piensas, quizás, con palabras
desvanecer lo que vi?
¿Quién era? Di. (Rosa sospecha de Ventura.)
ROSA. Ramón, calla. (Suplicante.)

(Al oir los gritos de Ramón salen en tropel de la puerta segunda de la derecha, Antón, Pedro y Timonel y después de ellos, procurando no ser vista, aparece Ventura en escena por la puerta de la izquierda.)

ESCENA XXIX

DICHOS, ANTÓN, PEDRO, TIMONEL y VENTURA

ANT. ¿Qué pasa? ¡Ramón!
ROSA. (Por Dios,

no digas ni una palabra.) (A Ramón en voz queda.)

RAM. No, me suplicas en vano: (Fuera de sí.)
nadie ignorará tu infamia.
Hace un momento que Rosa, (A todos.)
allí, en la reja situada,
escuchaba las ternezas
del que sus manos besaba.

ANT. ¡Rosa! ¡Rosa!

ROSA. No le crean.

RAM. Yo lo he visto.

ROSA. ¡Oh! no. Te engañas.

RAM. Sí, lo he visto. Yo no miento.

PEDRO. Ramón, á todos nos faltas.
Habla. (A Rosa.)

ROSA. ¡Si no puedo!

PEDRO. ¿No?

RAM. Quédese con esta alhaja, (A Antón.)
que mi honra yo no confío
á quien la suya no guarda.

ROSA. ¡Ay! ¡Dios mío!
(Márchase Ramón precipitadamente.)

ESCENA XXX

DICHOS, menos RAMÓN

TIM. ¡No es posible!...

ANT. ¡Has deshonrado mis canas!
(Desesperado, agarra de la mano á Rosa y la obliga á arrodillarse á sus pies.)

ROSA. ¡Padre! ¡padre!

ANT. No lo soy
de la que en cieno se encharca,

de quien llena de baldón
la casa de Margelada.

ROSA. (¡Y ella calla!) (Mirando á Ventura.)

ANT. ¡Dios eterno! (Con fiereza.)
Sal al momento de casa
y no digas que eres hija
de quien te mal...

ROSA. ¡Ay! no!...

TIM. Calma.
(Privando á Antón de terminar la frase.)
No la puede maldecir
sin ser patente su infamia.

(Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Sala en la casa de Balsán lujosamente amueblada. Espaciosa puerta en el foro, que da á una galería, detrás de la cual se descubre el frondoso parque y en lontananza el mar. Dos puertas á la derecha; dos á la izquierda y, entre éstas, otra falsa, cuidadosamente disimulada. Una arquilla á cada uno de los lados de la puerta del foro.

ESCENA PRIMERA

BALSÁN Y JUANA

Balsán, entrando por la segunda puerta de la derecha, que es la que conduce á la calle

BALS. ¿Dónde está Julio?
JUANA. Durmiendo.
(Quitando con un plumero el polvo de los muebles.)
BALS. ¡Las once y está en la cama! (Mirando el reloj.)
JUANA. ¿Quiere usted que le despierte?
BALS. ¡Pues no!... ¡Me choca su calma!
Sabe que dentro de poco
vendrá su novia á esta casa
con su familia y tranquilo
durmiendo está. ¡Qué cachaza!
¡Qué haragán! ¿Dentro de poco
sabes que le caso, Juana?

JUANA. ¿Y él lo anhela?
BALS. ¡Quién lo duda,
si es la chica más gallarda
y más bella de la costa!
JUANA. A no ser así, yo, su ama,
nunca lo consentiría.
BALS. Yo sólo mando en mi casa. (Irritado.)
JUANA. Antes de expirar su madre, (Con mucho retintín.)
díjome: «¡Juana! ¡Mi Juana!
vela siempre por mi Julio!»
Si no lo hiciera, faltara.
Y también otra persona,
por cierto, muy desgraciada,
me encargó que...
BALS. ¡No prosigas!... (Fuera de sí.)
JUANA. Cuidara de él.
BALS. ¡Basta! ¡basta!
JUANA. ¡Villanamente obraría
si de Julio no cuidara! (Con entereza.)
BALS. Calla, fiera, no recuerdes
lo que me destroza el alma,
si no quieres que algún día
sobre ti mi furia caiga. (Juana sonríe con desprecio.)
Siempre me arrepentiré
de no haberte echado al agua.
JUANA. ¡Cruel! No me echó, porque entonces
mucho me necesitaba;
que sino... ¡Si su alma vil
es más negra que mi cara!
BALS. ¡Ay! no me exasperes... ¡Mira!...
JUANA. No me impone su amenaza.
BALS. ¿Qué me juraste aquel día
si la vida te salvaba?
JUANA. Que el secreto guardaría.

BALS. Has de cumplir tu palabra.
JUANA. La cumplo, porque ama á Julio,
que sino... nadie ignorara
que no ha sido siempre un ángel
el que aquí por santo pasa.
BALS. ¡Mira que algún día!
JUANA. ¿A mí?...
Al poner pies en España
supliqué, por precaución,
á persona de confianza,
que escribiera cierta historia,
que yo misma le dictaba,
para darla al tribunal
el día que, por *desgracia*,
la pobre negra tuviera
una muerte inesperada.
BALS. ¿Quieres sacarme de tino? (Endulzando la voz.)
JUANA. No me amenace.
BALS. Pues calla,
y llama á Julio, si quieres.
JUANA. (Veremos aquí quien manda.)
(Yéndose por la primera puerta de la derecha.)

ESCENA II

BALSÁN

¿De qué me sirve tener
millones dentro mis arcas
si con todas mis riquezas
soy esclavo de una esclava!
¿Quién podía presentir
que, en aquella noche aciaga,
un amor santo, profundo

en mi pecho se arraigara!
¿Quién había de pensar
¡ay! que por mi faz tostada
de ese amor santo al impulso
corriera un raudal de lágrimas!
¿Quién creyera que ese llanto
una esperanza engendrara
y que esa esperanza misma
me mostrase en lontananza
un cielo puro, sereno,
eterna mansión del alma
del que llora arrepentido
unos crímenes, que espantan!

ESCENA III

BALSÁN Y JULIO

JULIO. ¡Hola, papá! Buenos días.
(Sale abrochándose el chaleco.)
BALS. Te vuelves muy holgazán.
JULIO. ¿Un sermoncito, Balsán?
No es cuaresma todavía.
BALS. Di ¿por qué, cual yo deseo,
no te levantas temprano?
JULIO. Te vuelves muy inhumano,
señor papá, según veo.
Como es breve tu dormir
quieres que yo abrevie el sueño,
y en tan ridículo empeño
nunca cesas de gruñir.
BALS. Es que hoy eres más culpable (Con acritud.)
sabiendo que aquí vendrán

los de casa el capitán
y con ellos...

JULIO. ¡Oh! qué amable!... (Guaseándose.)

BALS. Si eso tu novia supiera,
dime ¿de ti qué pensara?

JULIO. Nunca que yo no la amara.

BALS. Yo en su lugar lo creyera.

JULIO. Segura está de mi amor.

BALS. Y ¿la cita cómo fué?

JULIO. Bien y mal.

BALS. ¿Mal? Y ¿por qué? (Contrariado.)

JULIO. Porque vino á lo mejor
á estorbarnos un fulano.

BALS. ¿Quién era?

JULIO. Ramón Molgosa.

BALS. ¿El que se casa con Rosa?
(Signo afirmativo de Julio.)
¡Inútilmente me afano!
¡Buen temporal va á reinar
por ti!

JULIO. Bien: lo correré.

BALS. ¿Si lo dice á Pedro?

JULIO. ¿Y qué?
¿Acaso me va á matar?

BALS. ¿Te vió?

JULIO. A diez pasos estaba...

ESCENA IV

DICHOS Y JUANA

JUANA. Ramón Molgosa está aquí.

JULIO. ¿Por quién pregunta? ¿Por mí?
(Signo afirmativo de Juana.)

Que entre.

BALS. (A Juana.) No. (A Pedro esperaba.)
Vete á tu cuarto. (A Julio.)

JULIO. ¿Por qué? (Contrariado.)

BALS. Porque sí.

JULIO. Verme desea
y es muy justo que le vea.
Dile que entre. (A Juana.)

BALS. Julio, á fe, (Con acritud.)
te lo diré de otro modo.
Vete y no repliques más.

JULIO. Es que...

BALS. ¡Me exasperarás!

JULIO. Siempre te metes en todo.

(Balsán coge á Julio por el brazo y le acompaña á su cuarto.)

BALS. Este diablo de muchacho
me hará perder la chaveta.
Que pase. (A Juana.)

ESCENA V

BALSÁN

¡Buen lío armó!
¡Jesús! ¡Jesús, qué cabeza!
Sí; al capitán ha contado
que les vió ayer en la reja
y vendrá como padrino...

ESCENA VI

BALSÁN Y RAMÓN

RAM. ¿Con su permiso?... (Desde la puerta.)

BALS. En la puerta

los amigos de confianza,
cual eres tú, no se quedan.
¿Qué no ha sido bueno el viaje?

RAM. Bueno.

BALS. Y ¿por qué esta tristeza
que en tu semblante se nota?

RAM. Naufragué al saltar á tierra.

BALS. No te comprendo, á fe mía.

RAM. ¡Oh! ya habrá quien me comprenda.

BALS. Yo no. Soy marino ducho
y me extraña en gran manera
que en la playa de Masnou
un buque naufragar pueda
con tiempo tan bonancible.

RAM. No, con tempestad deshecha,
porque el viento «Traïción»
soplaba con furia inmensa.

BALS. Tal viento no está en la rosa.

RAM. Turbonada es de la tierra,
que los corazones viles
en sus ventrículos crean.

BALS. Jamás ceñí con tal viento.

RAM. ¿No? Me extraña en gran manera
siendo su hijo, el señor Julio,
quien con él siempre navega.

BALS. ¡Mi Julio!

RAM. Sí. De un marino
él aprovechó la ausencia
para robarle á mansalva
tesoro que dejó en tierra.

BALS. Por Dios, explícate claro,
que así no te entiendo.

RAM. Sea.
Hay en Masnou la costumbre

que cuando el novio se aleja
del lado de su futura
nadie la habla ni requiebra,
para que el pobre marino
que deja su novia en tierra
tranquilo surque los mares
sin temor de que le vendan.

BALS. Esta costumbre conozco.

RAM. El hombre vil que la ausencia
aprovecha de un marino
todo Masnou le desprecia,
y, al desembarcar, con sangre
el novio lava la ofensa.
Yo era el futuro de Rosa;
Julio, el traidor, que en mi ausencia
enamoró á mi futura:
me falta vengar la ofensa,
y la vengaré. Lo juro.

BALS. El que sin timón navega
no es extraño que naufrague
y se estrelle la cabeza.

RAM. Y ¿esto á qué viene?

BALS. Ramón,
has perdido la chaveta.

RAM. Lo que perdí fué la dicha,
la esperanza placentera.

BALS. Al mar echaste la brújula...

RAM. Ninguna duda me queda.
Anoche ¡por mi desdicha!
vi á los dos junto á la reja
mientras ¡ay! Julio... ¡mil rayos!
besaba su mano.

BALS. Cesa;
no calumnies á tu Rosa,

que es tan pura como bella.
¿La quieres?

RAM. Ya no. La amaba
con delirio, con fe ciega.

BALS. Pues, hombre, vive tranquilo.

RAM. No comprendo...

BALS. Densa niebla
ha formado cerrazón;
deja que se desvanezca.

RAM. Esa cerrazón augura
una tempestad deshecha,
que se cierne desde anoche
sobre la erguida cabeza
de la sierpe venenosa
que está en esta madriguera.

BALS. Pronto tu pecho oprimido
latirá libre de penas.

RAM. ¡Nave en la mar sumergida
allá, en su fondo se queda!

BALS. Gallarda flota la nave.

RAM. ¡Ay! naufragó. Que la vea
sin avería mecerse (Movimiento negativo de Balsán.)
sobre el mar, y de mis venas
tome la sangre.

BALS. ¡Estás loco!

RAM. ¡Qué extraño, si es tal mi pena!

BALS. Júrame ser reservado
y verás como te quedas
tan tranquilo como estabas
antes de saltar á tierra.

RAM. Pues, lo juro.

BALS. ¿Cuántas chicas
hay en la casa? Contesta.

RAM. Dos.

BALS. ¿Por qué tan sólo de una
de las dos chicas sospechas?
RAM. ¡No es posible!... ¡Ella! No, no...
(Adivinando la intención de Balsán.)
BALS. Si los celos enajenan
se cazan ambas escotas
y cerrado se navega
por el mar de la calumnia,
sin que derribar se pueda.
RAM. ¿Ventu...
BALS. Fondo. Si mañana
Pedro nuestra playa deja,
verás que el alma de Rosa
es más blanca que la estela.
RAM. No puede ser...
BALS. Es. Y calla:
cuidado que eso se sepa.
RAM. ¿Gallarda flota mi nave?
BALS. Y á todo trapo navega,
con amor por timonel
y por lastre la pureza.

ESCENA VII

DICHOS Y JUANA

JUANA. Los de casa el capitán.
BALS. Que pasen. (A Juana.)

ESCENA VIII

BALSÁN Y RAMÓN

BALS. Tú no te muevas
que iremos todos á bordo.

RAM. Gustoso acepto la oferta.
(¿Será cierto que Ventura?...
Yo lo pongo en cuarentena.)

ESCENA IX

DICHOS, ANTÓN, ROSA, VENTURA, PEDRO y JULIO
que, al oirles, sale de su cuarto

BALS. Bien venidos. ¿Cómo va?
ANT. Muy bien, señor.
BALS. Y ¿estas bellas?
(A Ventura y á Rosa.)
ROSA. Sin novedad. (¡El!..) (Impresionada al ver á Ramón.)
RAM. (Avergonzado al ver á Rosa.) (Enciende
mis mejillas la vergüenza.
¡Ay! no me atrevo á mirarla!
¡Me descalabró la entena!)
BALS. ¿Vió el *María?* (A Pedro.)
PEDRO. En él estuve
y baldeado todo queda.
BALS. Y ¿qué tal?
PEDRO. Es el mejor
que en la mar se balancea.
¡Qué arboladura! ¡qué quilla!
¡qué velamen! ¡qué obra muerta!
Cuando le hinche el viento el trapo,
por marejada que tenga,
andará más el *María*
que el mejor yakt de Inglaterra.
¡Qué tripulantes! ¡qué cámara!
¡Si es digna de una princesa!
VENT. (Ramón creyó que era Rosa...) (A Julio.)

JULIO. (Lo sé. Y ¿Pedro?...) (A Ventura.)
VENT. (No sospecha.) (A Julio.)
JULIO. (Disimulemos.) (A Ventura.)
PEDRO. ¡Qué vista!

(Aproximándose con Balsán, Ventura, Rosa y Julio á la galería.)

BALS. Desde Montjuich á Calella
se ve desde el mirador.
Salgan. Con toda franqueza...
VENT. ¡Esto es precioso!
RAM. Un instante,

(A Antón, deteniéndole por el brazo.)

por favor, si no le pesa.
ANT. ¿Qué quieres?
RAM. ¿De lo de anoche
qué opina?
ANT. Que esta bodega

(Descansando la mano sobre la cabeza de Ramón.)

está llena de fantoches.
RAM. ¿Por qué?
ANT. Porque hablé con ella,
y me juró por su madre,
á quien Dios en Gloria tenga,
que era falso cuanto tú,
celoso, dijiste de ella.
¡La que jura por su madre (Sentencioso.)
es imposible que mienta!
RAM. ¡Es verdad!... (¡Ay! perdí el rumbo
y me he estrellado en las peñas!)
ANT. ¿Por qué, pues, en tu delirio
tal mancilla creíste en ella?
RAM. ¡Pse!... ¿Quién sabe?...
ANT. ¡Buen disgusto
nos causaste!

RAM. Ya me pesa...
Con Rosa deseo hablar.
ANT. Se lo diré.
BALS. La alameda (A Pedro, Ventura y Rosa.)
y jardín también son míos.
Si no les causa molestia,
bajaremos.
ANT. Como guste.
BALS. Pasen. (A Pedro, Ventura y Julio.)
ANT. Hablarte desea. (A Rosa, señalando á Ramón.)
No estés muy dura con él,
que lo de anoche le apena.
ROSA. Yo no perdono jamás
al que mi honor atropella.
(Todos, menos Rosa y Ramón, bajan al parque por la galería.)

ESCENA X

RAMÓN Y ROSA

RAM. (Para saber la verdad
la he de tratar con dureza.)
¡Ingrata!
ROSA. No hablas conmigo.
RAM. Pues ¿con quién?
ROSA. Nunca creyera
que vilmente procediera
el que fué un día mi amigo.
RAM. ¿Acaso, di, no mereces
que así te llame, y perjura?
ROSA. Sólo con febril locura
se sueltan tales sandeces.
En fin, si hablarme anhelabas

para insultarme otra vez;
adiós.

RAM. Soy, Rosa, tu juez. (Deteniéndola.)
Dime ¿por qué me engañabas?
¿Por qué no te disculpaste,
(Gesto despreciativo de Rosa.)
si en ti la inocencia existe,
anoche, cuando me viste
loco porque me faltaste?

ROSA. Porque nunca el inocente
disculparse ha de intentar.

RAM. Porque no pudiste hallar
una disculpa en tu mente;
y el remordimiento, Rosa,
selló tu labio.

ROSA. ¡Esto más!

RAM. A ser posible...

ROSA. Jamás
pensara en hacer tal cosa.
Di ¿quién se humilla ante el hombre
que la insulta sin razón?
¿se debe satisfacción
al difamador?

RAM. Tal nombre
no lo puedo merecer.

ROSA. Otro le cuadra más duro
al que pone en tal apuro
la fama de una mujer.

RAM. Te vi en la reja... y jurara...
que estabas con Julio hablando...
Lo creí... (Gesto amenazador de Rosa.)

ROSA. El que está acusando
no esconde nunca la cara
si es que lo hace con razón.

No, jamás. Si alguien nos viese,
y al diálogo atendiese,
te culparía, Ramón.

RAM. Pues rasga el velo que encierra
en sus pliegues ese arcano,
que explicarme intento en vano,
y te perdono. En la Tierra
no habría amante ofendido
más generoso que yo.
Habla y olvido.

ROSA. ¡Hablar yo!...
¡Ay! cuán mal me has comprendido!

RAM. (El tratarla con dureza
me lo echó todo á rodar.)
¿Qué es lo que te impide hablar?

ROSA. El temor de una bajeza.

RAM. ¿De una bajeza?

ROSA. Lo fuera.
é indigna de mí.

RAM. (¡Mal va!)
¡Es que tú no me amas ya!

ROSA. ¿Acaso amarte pudiera?

RAM. ¿Amas á otro?

ROSA. Ya el derecho
de interrogarme no tienes.

RAM. Por la hiel de tus desdenes
¡ay! conozco que tu pecho
late por otro mortal.
¡Mal haya mi desventura!
¿Por qué no hallé sepultura
en el límpido cristal?
¡Pensé la dicha aquí hallar
y hallé sólo un desengaño!

ROSA. Tú te hiciste todo el daño.

RAM. Tú me dejaste de amar.
La ausencia engendra el olvido;
bien habla el refrán, á fe:
quien muy amado se fué,
vuelve y se ve aborrecido.

ROSA. Ramón, cuando tú surcabas
con tu barca el mar inmenso
y ante un horizonte denso
su frágil proa encarabas
y las entenas crujían
por vientos huracanados,
de mis ojos enturbiados
lágrimas tristes caían;
y ante la Virgen postrada
le decía: «¡Virgen pura,
Madre de inmensa dulzura,
aplacad la mar airada;
dadle brisas y bonanza
á la barca *Sant Climent*,
que es la que manda mi bien,
mi amor, mi dulce esperanza!»

RAM. ¡Ah! mi Rosa idolatrada!
¿Tánto me amas, vida mía?

ROSA. Me diste tanta alegría
anoche con tu llegada,
que si el mar rugiente miro
al *Sant Climent* destrozar
no he de volver á llorar
ni á exhalar, triste, un suspiro.

RAM. ¡Por Dios, deja tal rigor!

ROSA. Y á la Virgen le diré:
«No protejáis á quien fué
tan ingrato.»

RAM. Por favor

perdona al que, arrepentido,
ves á tus plantas.

ROSA. Jamás.

RAM. ¡Ay! muy cruel conmigo estás!

ROSA. Recibes tu merecido.

RAM. ¿Es decir, que ya no me amas?

ROSA. No.

RAM. Me juraste ser mía.

ROSA. Cuando no te conocía.

RAM. ¡Por Dios, Rosa!...

ROSA. En vano clamas.
Desde anoche entre los dos
se alzó una barrera inmensa.

RAM. Rosa...

ROSA. Que eres hombre piensa.
y no te arrastres. Adiós.
(¡La dignidad ha acallado (Yéndose al parque.)
los latidos de mi pecho!)

ESCENA XI

RAMÓN

¡Que me aborrece sospecho!
¡Ay! si su alma he destrozado!
¡Y la quiero con locura!

ESCENA XII

RAMÓN Y PEDRO

PEDRO. ¡Rayos de Dios! (Entra desesperado.)

RAM. ¿Qué te pasa?

PEDRO. ¡Qué sé yo! Tan sólo sé...
RAM. ¿Qué es lo que tú sabes? Habla.
PEDRO. Temo que Ventura...
RAM. ¿Celos?... (Guaseándose.)
PEDRO. Presentimientos que matan.
RAM. (Sobre el cabo de Verdades
rindió el bordo el camarada.)
¿Pero ¿qué?
PEDRO. Al venir aquí,
en mi brazo se apoyaba
y sentí temblar el suyo
cual por las brisas las alas;
y ahora he visto... ¡A ser cierto
el corazón le arrancaba!
mirar á Julio de un modo...
RAM. ¡Qué barbaridad!... Te engañas...
PEDRO. Los latidos de mi pecho
me están diciendo: «No te ama.»
RAM. Ni los latidos ni el pecho
nunca dijeron palabra
de verdad.
PEDRO. Sí. Es nuestro pecho
barómetro que señala
la intensidad del cariño
de la mujer adorada:
si nos quiere, marca *amor*,
ingratitud, si nos falta.
RAM. Si en tu barómetro fías,
cuando te marque *bonanza*,
correrás un temporal
que es fácil que á pique vayas.
PEDRO. Dime, pues: ¿Anoche el tuyo
qué era lo que señalaba?
RAM. Temporal.

PEDRO. ¿Y no rompían
las olas turbias, airadas,
en las carcomidas rocas
de la solitaria playa?
RAM. No; la besaban tranquilas,
sin rompientes, sin resaca,
sin salpicarla de conchas
ni festonearla con algas.
PEDRO. No lo entiendo. (Aproxímase al mirador.)
RAM. Es un misterio.
PEDRO. ¡Rayos y truenos!
RAM. ¿Qué pasa? (Acercándose á Pedro.)
PEDRO. Que sabré dentro de poco
si mi barómetro engaña.
¿No es Julio aquél?
RAM. ¿Dónde está?
PEDRO. Allí; apoyado en la acacia.
RAM. El mismo. Creo que escribe
en su tarjetero.
PEDRO. ¡Oh! rabia!
RAM. Dobla el papel y lo besa.
PEDRO. ¡Lo esconde en el ramo! ¡Oh! basta!...
RAM. Como lo entregue á mi Rosa
le he de arrancar las entrañas!
PEDRO. No será, Ramón, para ella;
me lo está diciendo el alma.
(Dirígense ambos al jardín y se encuentran con Timonel.)

ESCENA XIII

DICHOS Y TIMONEL

TIM. Capitán, tengo que hablarle. (A Pedro.)
PEDRO. Después. (A Timonel.)

ESCENA XIV

TIMONEL

¡Jesús! ¿Qué le pasa?
Alguna pena terrible
su noble pecho desgarra;
que, á no ser así, gustoso
escuchara mis palabras.
¿Qué pena puede turbar
de su vida la bonanza?
Es joven, valiente, honrado;
le quieren cuantos le tratan;
si de su patria se aleja
el alma deja en su patria,
que hermosa joven cobija
bajo las latientes alas
de su corazón de virgen;
tiene padre, tierna hermana
que le adoran; tiene amigos,
y en el tope del mesana
ve siempre la hermosa luz
del astro de la esperanza;
mientras yo ¡pobre de mí!
riego el mundo con mis lágrimas
sin que oir pueda una voz
que resuene dentro mi alma.

ESCENA XV

TIMONEL Y JUANA

JUANA. ¿Qué se le ofrece, buen hombre?
TIM. Al capitán aguardaba.
JUANA. (¡Esta voz!... ¡Es ilusión; (Impresionada.)
mi afán que siempre me engaña!)
¿Qué le quiere? (¡No es posible! (Examinándole.)
Sí, su estatura, su cara,
su misma voz... ¡Dios eterno!)
TIM. ¿Qué miras?
JUANA. Yo...
TIM. (Fijándose en Juana.) (¡Virgen Santa!
¡No: la pobre Juana ha muerto!
¡Vana ilusión!)
JUANA. (¡Semejanza
mayor no puede existir!)
TIM. (¡Cuánto se parece á Juana!)
JUANA. ¿Fué usted marino?
TIM. Lo soy.
JUANA. ¿Vivió, hace tiempo, en Matanzas?
TIM. Sí, sí. ¿Por qué lo preguntas?
JUANA. No lo pregunto por nada...
Creí...
TIM. ¿Que me conocías?
(Signo afirmativo de Juana.)
¡Juana! (Abrazándola.)
JUANA. ¡Mi señor!
TIM. ¡Mi Juana!
¡Deja que llore en tus brazos
á mi pobre hijo del alma!
JUANA. Si su hijo vive.

TIM. ¿Qué dices?
JUANA. Robusto y lleno de gracias.
TIM. ¿Él? ¿Mi Julio? ¡Hijo querido!
(Llamándole á voz en grito.)
JUANA. Calle, por Dios. (Sobresaltada.)
TIM. ¡Hijo!
(Con toda la fuerza de sus pulmones.)
JUANA. Basta.
TIM. Quiero estrecharle en mis brazos;
quiero besarle, sí, Juana,
y con sus tiernas caricias
inundar de dicha á mi alma.
¡Hijo mío! ¿Dónde está? (Llamándole.)
JUANA. ¡Ay! No lo sé.
TIM. ¿No? ¡Me matas!
(Óyese rumor de voces por la puerta segunda de la derecha.)
JUANA. Calle; venga; entre en mi cuarto:
no diga ni una palabra, (Arrastrando á Timonel.)
que iré á contárselo todo.
No se mueva. (¡Ah! Señor, gracias!)
Aprisa, que una imprudencia
podría costarnos cara.
(Entran ambos en el cuarto de Juana; segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA XVI

JUANA, SAGRÓN Y TORTOSÍ

Sagrón y Tortosí vestirán blusa azul de lana burda, faja clara, elástica, de líneas azules y blancas, barretina el uno y el otro gorra marinera de lana. En sus rostros, tostados por el sol, debe retratarse la hediondez de sus almas. Procúrese que los tipos sean muy distintos.

JUANA. ¿Qué deseáis?
SAGR. Ver al señor.

TORT. Dile que hablarle desean...
JUANA. ¿Quiénes?
SAGR. Sagrón.
TORT. Tortosí.
JUANA. (¿A qué vendrán estas fieras?) (Yéndose.

ESCENA XVII

SAGRÓN Y TORTOSÍ

TORT. ¡Un buen mascarón de proa
embadurnado de brea!
SAGR. ¡Sí, real moza y frescachona!
¡Oh! fué siempre una belleza!
TORT. ¡Belleza!...
SAGR. Para mi gusto.
TORT. Sí, una beldad de Guinea.
¿La reconociste?
SAGR. Vaya.
La ama.
TORT. ¡Qué bien se conserva!
SAGR. Si era entonces casi niña.
¡Creo que llegué á quererla!
TORT. Y ¿ella?
SAGR. Más dura que el bronce.
TORT. Pues suelen ser de manteca
las de su raza.
SAGR. No pude
ablandarla.
TORT. Por torpeza.
Veinte años atrás debías
esclavizar á la negra.
SAGR. ¡Veinte años! ¿Sabes, amigo,

que desde tan larga fecha
no he podido ni una noche
descansar á pierna suelta?

TORT. ¿Qué te pasa?

SAGR. ¡Qué sé yo!...
Cuando mis ojos se cierran
oigo en torno de mi cama
unas voces, que me arredran;
y, luego, llegan fantasmas,
que, airados, mi cama cercan,
y con sus manos heladas
agarran mis manos yertas,
que en la hirviente sangre bañan
que sus heridas chorrean.
Me he gastado muchos pesos
en misas, salmos y velas
para ahuyentar á esas almas,
y ¡rediós! nunca se alejan.

TORT. Por poca cosa te apuras.
Cual tú tenía esas penas
y lo consulté á un amigo,
chico de mucha experiencia,
que había muerto más gente
que la peste y la miseria,
y me dijo: «Tortosí,
yo te daré una receta;
si la sigues, en un sueño
pasarás la noche entera.

SAGR. ¿Cuál es? Di.

TORT. Que al acostarme
me zampara una botella
de aguardiente ó ron. Al pelo.

SAGR. ¿Me engañas?

TORT. Con tal receta

logré que todas las almas
al infierno se volvieran.
Para ahuyentarlas, Sagrón,
mejor que misas y cera,
es tragarse *balas rojas,*
porque el olor las apesta.

SAGR. Bien; seguiré tu consejo,
pues te diré con franqueza
que el canguelo ni un instante
de estar á mi bordo deja.
Y hasta con la luz del sol,
que á los fantasmas ahuyenta,
yendo del fondo insondable
á descansar en las grietas,
los veo siempre en las cofas,
en las gavias, en las vergas,
en el bauprés, en los topes
y en la bullidora estela.

TORT. De día ya es muy distinto:
ni almas ni diablos me arredran;
pero al pensar en los vivos
tiemblo de pies á cabeza;
y al ver á un guardia *cevil,*
te confieso esta miseria,
aprieto el paso y mi cara
toma el color de la cera,
pues creo que va á decirme:
«Date preso, buena pieza.»
¡Ojalá que todos ellos
de repente se murieran!

SAGR. Escucha. ¿Qué nos harían
si, por nuestra mala estrella,
supiesen que fuimos...

TORT. ¡Calla!

SAGR. Y en sus garras nos tuvieran?
TORT. ¡Poca cosa!... Al que ha seguido
nuestra *brillante carrera*
el verdugo le engalana
con una *corbata* nueva. (Ademán de dar garrote.)
SAGR. ¡Tate! ¿No se saca indulto?
TORT. Lo que se saca es la lengua. (Sacándola.)

ESCENA XVIII

DICHOS Y BALSÁN

BALS. ¡Hola, amigos!
TORT. Y SAGR. ¡Capitán!
(Cuadrándose y saludando militarmente.)
SAGR. Recibimos la *rispuesta,*
y aquí estamos.
BALS. ¿Qué se ofrece?
TORT. Venimos por la moneda
que nos guarda.
SAGR. Nos marchamos
los dos al Norte de América.
BALS. ¿Y eso?
SAGR. Tenemos canguelo
de que algún pillo nos venda
á la maldita justicia,
y nos ajuste las *cuentas.*
Y con el *parné* adquirido
honradamente en la *guerra*
nos iremos á New York
á vivir, como se pueda.
BALS. Bien. Volved dentro de un rato,
que tengo la casa llena

de gente que á verme vino.

TORT. Si no es causarle molestia (Con desconfianza.)
le esperaremos aquí.

BALS. ¿Desconfiáis?

TORT. No nos ofenda...

SAGR. Usted nos ajó el honor
con esta sola sospecha.

BALS. ¡Vuestro honor!...

(Balsán cierra todas las puertas y, después de cerciorarse de que nadie puede verle, abre, apretando un resorte, una puerta falsa que hay entre las dos de la izquierda del espectador.)

Entrad aquí.
Es una estancia secreta,
donde podréis aguardarme,
libres de infundir sospechas.

TORT. Conformes.

SAGR. Y TORT. Mi capitán... (Saludando militarmente.)

BALS. Hablad quedo. Hasta la vuelta.

(Balsán cierra la puerta secreta y abre las demás.)

ESCENA XIX

BALSÁN

De aquella vida azarosa
tan sólo esos dos me quedan
y se van lejos, muy lejos,
para no volver. Mi estrella,
negra durante mi vida,
ya blanca luz reverbera.
¡Soy feliz! Sólo me falta
para acallar mi conciencia

casar á Julio y Ventura,
víctimas de mi fiereza.
Les devolveré lo suyo
y, con gratitud eterna,
sostendrán con su cariño
de este viejo la existencia.

ESCENA XX

BALSÁN, ANTÓN, RAMÓN, JULIO, ROSA, VENTURA y PEDRO

Pedro da el brazo á Ventura. Ésta y Rosa llevarán sendos ramos de flores

BALS. ¿Qué tal les ha parecido
nuestro parque?
ANT. ¡Delicioso!
Otro no ví más hermoso.
BALS. No tanto...
ANT. Verde, florido...
¡Qué diversidad de flores!
Parece que el mundo entero
lo engalanó placentero
con sus pensiles mejores.
Con tal jardín y tal casa
dulce ha de ser la existencia.
JULIO. (Voy á perder la paciencia.) (A Balsán.)
BALS. (¿Qué tienes? Di. ¿Qué te pasa?) (A Julio.)
JULIO. (Que no la deja un momento (A Balsán.)
y me carga en tal manera,
que...)
BALS. (Disimula y espera, (A Julio.)
ó vete.)

JULIO. (¡Yo!...) (A Balsán.)
VENT. (¡Qué tormento!)
RAM. (Lo que es Pedro está furioso.)
VENT. (¡Cómo mira el ramo!)
JULIO. (¡Ya (Mirando á Pedro.)
comprendo!...)
PEDRO. (¿Dónde estará
(Mirando fijamente el ramo de Ventura.)
el billete?)
ANT. ¡Esto es hermoso,
risueño! (A Julio, refiriéndose á la casa.)
JULIO. Mucho...
BALS. ¿Mis flores (A Rosa y Ventura.)
son de su gusto, pollitas?
ROSA. Si no las hay más bonitas
ni de fragancias mejores.
ANT. Y ¿tú no respondes nada? (A Ventura.)
Di ¿qué te pasa, Ventura?
¡Tienes por ellas locura
y te mantienes callada!
BALS. Quizás no le hayan gustado...
VENT. ¡Oh! mucho. (¡Dios bondadoso!)
PEDRO. ¡Como nó, si es tan precioso
este ramo que le han dado!
¡Oh! don Julio es un portento!
¡Los teje con gran primor!
JULIO. (¡Se burla de mí!...) (Irritado.)
(Pedro, sin soltar el brazo de Ventura, le toma el ramo y dice á Julio con acibarado acento:)
PEDRO. ¡Un olor
peregrino entrega al viento!
¿De qué proviene?
JULIO. Que en él (Con ironía.)
hay una flor tropical.

PEDRO. Despide fragancia tal
que asfixia. (¡Ya ví el papel!)
VENT. ¿Mi brazo no te fatiga? (A Pedro.)
(Pedro suelta del brazo á Ventura y, reteniendo el ramo, enseña á Julio el papel que hay entre las flores y en voz alta y con aparente calma le dice:)
PEDRO. ¿Esta flor qué nombre tiene?
JULIO. (¡Basta! ¡basta!) Cactus. Viene
(Rápidamente á Pedro.)
de muy lejos. Una amiga
á papá la regaló
y él la estima en gran manera.
BALS. ¡Oh! mucho!
ANT. La casa entera
la flor aromatizó.
JULIO. Hojas ebúrneas, delgadas,
(Enseñando á Pedro el cactus y tocando el billete.)
como si de papel fuesen.
PEDRO. (¿Si dos balas envolviesen (Rápidamente á Julio.)
no serían más pesadas?)
JULIO. (Se puede probar.) (A Pedro.)
PEDRO. (Al punto.) (A Julio.)
JULIO. (Abajo le aguardo.)
PEDRO. (Voy.) (A Julio.)
(Entrega el ramo á Ventura, fustigándole el rostro con una mirada de desprecio. Luego, después de mirar la hora en el reloj, que saca con mucha calma de su bolsillo, dice á Balsán y á su padre:)
Con ustedes pronto soy.
ANT. ¿Dónde vas?
PEDRO. Tengo un asunto
que necesito ultimar
para ponerme en franquía.
ANT. Di ¿qué asunto es?
RAM. (¡Juraría

¡ay! que se van á matar!)

PEDRO. Al llegar á Barcelona
el cronómetro dejé
á componer, voy á que
alguien lo vaya á buscar.

JULIO. Le hallaremos en seguida. (A Pedro.)

(Vanse Pedro y Julio.)

VENT. (¡Dios mío! ¿qué van á hacer?)

RAM. (¡Por una infame mujer
van á jugarse la vida!)

ESCENA XXI

BALSÁN, ANTÓN, RAMÓN, ROSA Y VENTURA

Siéntanse todos, menos Ramón, que se coloca detrás de la butaca de Rosa

BALS. El lazo de la amistad
pronto va á unir á los dos.

ANT. Es fácil, porque ambos tienen
muy hermoso corazón.

(Balsán entrega un puñado de cigarros á Ramón y á Antón. Los tres encienden el cigarro.)

RAM. (Rosa, ¿no abrigas sospechas?) (A Rosa.)

ROSA. (¿De qué?) (Con aspereza.)

RAM. (Deja este rigor,
que me mata.)

ROSA. (¡Si te mueres (Burlándose.)
de pena me muero yo!)

RAM. (Escucha.)

ROSA. (Déjame en paz.)

RAM. (Es que...)

ROSA. (¡Molesto estás hoy!)

VENT. (¡Tomad, Dios mío, la sangre
que encierra mi corazón
y evitad que se derrame
la de ellos por mí! ¡Qué horror!)
ANT. Muy rico. (A Balsán, refiriéndose al cigarro.)
BALS. Son de González.
RAM. (No te hagas sorda á mi voz.) (A Rosa.)
ROSA. (Siempre. Por más que bordees (A Ramón.)
no ganarás puerto, no.
Ya no vuelves á dar fondo
dentro de mi corazón.)
RAM. (¿Cerrado está con cadenas?) (A Rosa.)
ROSA. (Que nadie quebranta.) (A Ramón.)
RAM. (¿No?) (A Rosa.)
ROSA. (Es inútil que porfíes.) (A Ramón.)
RAM. (*La Constancia* es de espolón (A Rosa.)
y, cuando está tripulada
por Fe, Esperanza y Amor,
rompe cadenas y fondo
da en el mar de la pasión.)
(Sí, Rosa.) (Rosa le mira con desprecio.)
ROSA. (¡Qué necedades!) (Dándole la espalda.)
RAM. (¡Dios mío! ¡Se naufragó!)

ESCENA XXII

DICHOS Y JUANA

JUANA. De gente que á verle viene (A Balsán.)
está llena la antesala.
BALS. ¿Quiénes son? (A Juana.)
JUANA. El señor cura, (A Balsán.)

el Ayuntamiento en masa,
varios señores, marinos;
qué sé yo...

BALS. Que pasen, Juana. (Vase Juana.)
De seguro que vendrán (A Antón.)
á pedirme alguna gracia. (Levántanse todos.)

ANT. (¡Es un ángel! ¡Qué sorpresa
va á tener!) (A Rosa, refiriéndose á Balsán.)

ROSA. (A Antón.) (¿No sabe nada?)
(Signo negativo de Antón.)

(Juana vuelve á entrar en la sala y se va por la puerta primera de la derecha.)

ESCENA XXIII

BALSÁN, ANTÓN, RAMÓN, ROSA, VENTURA, SEÑOR CURA, CABALLEROS, AYUNTAMIENTO, MARINOS Y TIMONEL

Timonel saldrá de la puerta segunda de la izquierda y avanzará lentamente hacia Balsán. En último término vese gente del pueblo.

ALC. La Cruz de Beneficencia,
(Presentando á Balsán un lujoso y abierto estuche, que contiene la Gran Cruz de Beneficencia.)
que la villa le regala,
con la cual le honró el Gobierno
por la meritoria hazaña
por usted llevada á cabo
salvando el bergantín *Paca*
de estrellarse entre las rocas
que circundan esta playa,
y por los tiernos cuidados
que, en la epidemia pasada,

con peligro de su vida
al enfermo prodigaba.

BALS. Señores, yo no merezco...
Doy al Gobierno las gracias
y á ustedes también, señores.
¡Oh! tal merced me anonada!

CURA. No hay premio alguno en la Tierra
que á recompensar bastara
ese heroico proceder
y esa conducta sin tacha.
El Señor, allá, en el cielo
con la bienaventuranza
premiará tantas virtudes.
¡Qué hermosa tiene usté el alma!

(Timonel agarra á Balsán por una mano y, en voz baja, le dice:)

TIM. (¡Satanás en el infierno
te hará presa con sus garras!
¡Ladrón, pirata, asesino,
que á tan buena gente engañas
con tu infame hipocresía,
yo te arrancaré la máscara.)

BALS. (¡Ah! calla!) (A Timonel en voz baja y suplicante:)

ROSA. (¿Qué le dirá (Para sí.)
que palidece su cara?)

BALS. Señores, las alegrías
(Disimulando la emoción que siente.)
afectan cual las desgracias:
la que acabo de tener
es tan grande é inesperada
que me siento algo indispuesto
y agradecido quedara
si con mi intensa alegría,
solo un rato, me dejaran.

ALC. ¡Oh! sí. Le felicitamos
de corazón. (Yéndose con los demás.)
BALS. Gracias, gracias. (A Antón y familia.)
Dentro de un momento iremos
por ustedes á su casa.
(Cierra precipitadamente todas las puertas.)

ESCENA XXIV

BALSÁN Y TIMONEL

BALS. Hombre ó demonio que vienes
con tan horribles palabras
á entenebrecer mi dicha,
¿qué es lo que pretendes? Habla.
Dime al momento quién eres.
TIM. Triste víctima inmolada
por ti, pirata feroz,
del Océano en las aguas,
que, airada, viene á arrancarte
las fibras de tus entrañas.
BALS. ¡Ira de Dios! Si has pensado
que tengo tan ruin el alma
que fantasmas la amedrenten
mucho, insensato, te engañas.
Dime en seguida ¿quién eres?
¿Qué pretendes de mí? Habla.
TIM. Soy el padre de ese joven,
(Movimiento de horror en Balsán.)
que por hijo tuyo pasa,
y vengo á pedirte cuentas
de mi sangre derramada,
del robo de una fortuna,

de los raudales de lágrimas
¡ay! que he vertido, llorando
al que mi pecho idolatra.

BALS. ¡Calla por Dios!

TIM. ¿No alardeas
de tener muy fuerte el alma?...

BALS. ¡Ay! Escucha: á mi pasado
negros recuerdos empañan,
envenenados puñales
que mi corazón taladran;
pero que nadie conoce,
porque al mundo se le engaña
con la vil hipocresía
y unas bien repletas arcas.
Préstame eficaz ayuda
manteniendo en la ignorancia
á ese mundo envilecido,
y pon precio á esa mordaza.

(Movimiento negativo y de indignación en Timonel.)

Tendrás toda tu fortuna;
doble, triple; si no basta
te daré mi bergantín,
una hacienda y una casa,
con la sola condición
de que de Masnou te vayas
y me dejes á mi Julio.

TIM. ¡A mi Julio! Calla, calla,
que, á saber lo que es ser padre,
tú mismo te horrorizaras
de las palabras vertidas.

BALS. Hasta las primeras canas
pasé derramando sangre
sin que nunca, nunca en mi alma
de amor se encendiera el fuego,

que á la humanidad odiaba.
Yo fuí feroz cual el tigre;
más, cual hiena sanguinaria
que, aun harta de devorar,
por placer víctimas causa
y en los ayes se extasía
que los moribundos lanzan,
hasta que un día un chiquillo
con su angélica mirada
llenó mi pecho de amor
y mis pupilas de lágrimas.
Ese niño hace veinte años
que es mi vida, mi esperanza,
nítida fuente, que borra
de mi pasado las manchas;
bálsamo dulce, que cura
herida hedionda del alma.
¡Ay! del loco que á ese niño
de mi lado arrebatara!
Le daré cuanto poseo,
será para mí sagrada
su voluntad; le querré
más que tú. Sí.

TIM. ¡Infame, calla!

BALS. Mas no quiero que conozca
otro padre que yo.

TIM. Basta.
¿Pudiste pensar, acaso,
pantera vil, sanguinaria,
que desarmar puede el oro
al vengador de esa infamia?
¿Pudiste pensar, malvado,
que al fiero lobo dejara
la tierna oveja, pudiendo

arrancarla de sus garras?
¡Por el amor que le tienes
jamás tal cosa pensaras!
Yo soy el brazo de Dios
que baja á herirte en el alma:
soy la justicia, que viene
á castigar tus infamias.

BALS. Accede...

TIM. Mil veces no.

BALS. ¡Ay! accede antes que...

TIM. Basta.
Jamás.

BALS. Heriste á la hiena
y la hiena herida, mata.

(Balsán abre precipitadamente la puerta secreta de la habitación donde se hallan Sagrón y Tortosí.)

ESCENA XXV

DICHOS, SAGRÓN Y TORTOSÍ

BALS. ¡Sagrón! ¡Tortosí! Ponedle (Llamándoles.)
en seguida una mordaza. (Salen amedrentados.)
(Permanecen inmóviles.)
Sabe todos los secretos
de nuestra vida pasada.

(Sagrón y Tortosí lánzanse fieros sobre Timonel, poniéndole un pañuelo en la boca. Breve lucha de los tres con Timonel.)

TIM. ¡Ase...si...nos!

BALS. Y más tarde
peso al cuello y hombre al agua.
Adentro con él.

TIM. ¡So...co...rro!

¡so...co...

BALS. Ahogadle, si no calla.

(Balsán cierra la puerta secreta en cuanto han entrado los tres en la habitación y abre las restantes, menos la segunda de la derecha, que es la que conduce á la calle.)

ESCENA XXVI

BALSÁN

Si al tratar ¡ira de Dios!
de vivir cual hombre honrado
quiere el destino obstinado
que del crimen vaya en pos,
tanta sangre he de verter
que, al oir sólo mi nombre,
haré que el mundo se asombre,
fiero cual hiena he de ser.

(Déjase caer abatido en la silla, que se hallará junto al velador, sobre el cual apoya el codo y en la mano la cabeza. Óyese luego confuso rumor de voces y después fuertes y seguidos campanillazos, que azoran á Balsán.)

ESCENA XXVII

BALSÁN, JUANA, JULIO Y MARINOS

Los marinos traen herido y desmayado á Julio en una silla de brazos

BALS. ¡Sí, llaman!

(Juana, saliendo de la puerta primera de la derecha, se dirige precipitadamente á abrir la segunda de la derecha.)

(¡También mi vida
sabe! ¡Morirá!) (Con fiereza al ver á Juana.)

JUANA. ¡Ay de mí!

(A voz en grito al ver á Julio chorreando sangre y desmayado.)

¡Hijo mío!

(Arrodíllase Juana á los pies de Julio, á quien los marinos sólo introducen un paso en la sala.)

BALS. ¿Julio? (Atontado por la sorpresa.)

JUANA. Sí

¡Se desangra por la herida! (Con desesperación.)

BALS. ¿Qué dices? ¿Mi Julio herido! (Avanzando fiero.)
¡Mi Julio! ¡Señor! ¡Señor!
(Trueca la fiereza por el llanto.)
descargad vuestro rigor
en mí, que lo he merecido! (Avanza hacia Julio.)

(Telón rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del anterior. El parque y el mar iluminados por la luz eléctrica y el salón por dos candelabros

ESCENA PRIMERA

BALSÁN

¡Ay! si mi Julio se muere
que se acabe mi existencia,
ó sino con sangre humana
voy á enrojecer la Tierra!

ESCENA II

BALSÁN y DOCTOR

El Doctor sale del cuarto de Julio

BALS. ¿Cómo está Julio, Doctor?
DOCT. Deseche tanta tristeza.
La herida es poco profunda
y muy buen cariz presenta.
BALS. ¿Es cierto? ¡Cuánta ventura!

DOCT. ¡Si le ama!...
BALS. Vida y riquezas
diera por él. Es mi dicha;
mi único goce en la Tierra.
DOCT. ¡Qué padre, Señor, qué padre!
¡Feliz la villa que cuenta
con tan buenos protectores!
No habrá nadie que padezca.
BALS. (¡Así es el mundo!)
DOCT. Hasta luego. (Despidiéndose.)
BALS. Le agradeceré que vuelva.
(Signo afirmativo del Doctor.)

ESCENA III

BALSÁN

Fuera Julio de peligro
desparece mi tristeza.
¡Oh! gracias, gracias, Dios mío,
que protegéis su existencia
y queréis que, arrepentido,
el pecador feliz sea.
¡Feliz!... Olvidado había
que dicha tal en la Tierra,
los criminales, cual yo,
no pueden jamás tenerla.
Aunque me perdone Dios
no perdona mi conciencia,
y ella es la punzante espina
que mis goces envenena,
candente fuego que al alma
hace veinte años que ulcera.

¡Timonel, fuiste la nube
que alzóse á eclipsar mi estrella!
¡Con el ardor de mi rabia
destruiré tus moléculas!

ESCENA IV

BALSÁN y PEDRO

Pedro entra en escena con cara de vinagre y un rollo de papeles en la mano

BALS. Viene á saber de mi Julio? (Con ironía.)
Tiene muy poca importancia
la herida que le ha causado
esa maléfica bala.
Como usted le quiere tanto...
le afligirá esa desgracia...
y vendrá... Se lo agradezco...
PEDRO. ¡Bien maneja usted la sátira!
¿Ignora, acaso, á quién debe
el regalo de esa bala?
Á mí, sí, señor, á mí
BALS. ¡Ya lo supe!
PEDRO. Sí. Anhelaba
con la sangre de su pecho
lavar de infamia una mancha.
BALS. ¡Es usted, Pedro, un ingrato!
PEDRO. Agradézcanme en el alma
que al medio del corazón
no dirigiera la bala.
BALS. Pedro, ¿se ha vuelto usted loco?
¡Ay! mesure las palabras!
No olvide que soy su padre.

PEDRO. Y usted recuerde que le habla
un hombre al cual el herido
robó la dicha y la calma.
BALS. ¿Por qué razón culpa á Julio
si es de Ventura la falta?
PEDRO. ¡El poder del oro es grande
para alucinar las almas!
A ser un pobre don Julio,
no hubiera sido ella ingrata.
BALS. ¡En muy poco usted le tiene!
PEDRO. Dejemos palabras vanas
y entremos en el asunto
por el cual volví á esta casa.
BALS. ¿Qué quiere?
PEDRO. Que rescindamos
esta maldita contrata,
por la que á mandar su buque
por tres años me obligaba.
BALS. No puede ser.
PEDRO. ¡Cómo no!
BALS. (¡Todos mis planes fracasan!)
Intereses de cuantía
exigen que el buque parta,
y, sin usted, no es posible.
PEDRO. Capitanes nunca faltan.
BALS. Pedro, demos al olvido
esas pequeñeces y haya
armonía entre nosotros.
Le cuadruplico la paga
si usted se pone en franquía
al despuntar la alborada.
(Si no se da al mar, fallidas
quedarán mis esperanzas.)
PEDRO. Por todo el oro del mundo

el bergantín no mandara.

BALS. ¡Jesús! ¡Dios mío! los celos
muy hondo en su pecho labran! (Compasivo.)

PEDRO. Basta, basta, que con oro
no se compra á gente honrada.

BALS. Escuche, amigo, un consejo,
que lo autorizan mis canas.

PEDRO. Guárdelos para don Julio,
que ya le hacen buena falta.

BALS. Es que...

PEDRO. Inútil. Los papeles
de á bordo.

(Pedro va á entregar los papeles á Balsán y éste los rechaza, en vista de lo cual los deja aquél sobre la mesa.)

BALS. Cálmese.

PEDRO. Basta.
Su preciosa hija futura (Desde la puerta.)
pronto estará en esta casa.

ESCENA V

BALSÁN

¡Oh! qué hermoso corazón
tiene ese joven! ¡Es lástima
que deba sacrificarlo
para hallar la paz del alma!
¡Las consecuencias de un crimen
son ¡ay! cadena de infamias!
¡El que empieza á eslabonar
nunca la tarea acaba!

ESCENA VI

BALSÁN y JULIO

Sale Julio con semblante triste y pálido, llevando el brazo en cabestrillo

BALS. ¡Hijo mío! ¿Cómo estás?
¿Te duele mucho la herida?
JULIO. ¡Cá!... Nada...
BALS. En poco tu vida
estimas. Me matarás
si no sientas la cabeza.
Ya tienes edad sobrada
para obrar cual hombre. Nada;
(Julio va á replicarle.)
me ofende tu ligereza.
JULIO. Papá, en cuestiones de honor
siempre obraré como ayer,
y así lo tiene que hacer
quien honra guarda y valor.
BALS. ¡Cometiste una imprudencia!
¿Si en vez de herirte en el brazo
es en el pecho?
JULIO. El balazo
acaba con mi existencia.
¿Y qué?
BALS. ¡Ingrato! ¿Acaso ignoras
que á tu padre matarías?
JULIO. Bien: conmigo al cielo irías.
BALS. (¡Si no puedo ir!) (Horrorizado.)
JULIO. A estas horas,

si Pedro hubiera querido,
muerto estaba.

BALS. ¡Calla!

JULIO. Sí.
Me apuntó al principio aquí, (Señalando el corazón.)
y, después, compadecido,
dijo: «No quiero tu vida,
que asesino no he de ser
por una infame mujer.»
Disparó y me hizo esta herida.

BALS. ¡Alma bella! ¡Oh! sí!

JULIO. ¡Me pesa
deberle agradecimiento!

BALS. Pensando en tal sufrimiento
más resalta su nobleza.

JULIO. Las mercedes de un rival
infaman al que es honrado.

BALS. Nunca el honor fué ultrajado
por acto noble. Haces mal
en pensar de esa manera.

JULIO. Tanta nobleza me humilla.

BALS. Pero tu honor no mancilla.

JULIO. Lo mancilló la rastrera
conducta con él guardada.
Es, quien la ausencia aprovecha
de un rival, ladrón que acecha
y prepara una emboscada.

BALS. Brotó espontáneo el amor
en vuestros dos corazones.

JULIO. Y secundé aspiraciones
de mi padre. Sí, señor.
(Movimento negativo de Balsán.)

BALS. ¿No la quieres?

JULIO. Con locura... (Sin entusiasmo.)

El trato engendró cariño...
pero...

BALS. Escrúpulos de niño.
Di: ¿No cifras tu ventura
en ese amor?

JULIO. Fué mi cielo;
pero... yo...

BALS. Peros no faltan (Irritado.)
que ya la bilis me exaltan.

JULIO. ¡Qué genio!

BALS. (Siempre recelo
que echen mi plan á rodar
sus escrúpulos monjiles.)

JULIO. (¡Es de corazones viles (Ensimismado.)
sumir en hondo pesar
á familia tan honrada.)

BALS. ¿Te enfadaste?

JULIO. Me enfadé.

BALS. ¿Porque la voz levanté?
Si eso no es nada...

JULIO. ¡No es nada!
Mira, papá, te aconsejo
que no seas susceptible,
porque va á ser imposible
aguantarte en siendo viejo.

BALS. Habrá enmienda y haya paz.

JULIO. Dudo...

BALS. Lo procuraré.
(¡No puedo entender por qué
me domina este rapaz!)
Al salir de tu aposento
él se marchaba de aquí.

JULIO. ¿Vino á preguntar por mí?

BALS. No. Trajo del cargamento

las notas, que del *María*
deja el mando.

JULIO. Es natural.

BALS. Para mi plan viene mal
que no se ponga en franquía.
Aunque, según dijo ha poco,
traerán aquí á Ventura.

(Fuerte sensación de disgusto y sorpresa en Julio.)

Saben ya que es tu futura
y libre la dejan. ¡Loco
estoy de tanta alegría!
¿Por qué la tristeza empaña
tu rostro? Di.

JULIO. (¡La que engaña
á quien tanto la quería
bastardo pecho tendrá!)

BALS. ¿Qué te pasa?

JULIO. La sorpresa...
la emoción...

BALS. ¿Qué ya te pesa
casarte?

JULIO. (¡Ay! sí.) No, papá...

BALS. Ves tus deseos cumplidos
y alegre debes estar.

JULIO. Sí lo estoy... (¡Siento un pesar

(Balsán se acerca á una de las arquillas que habrá á entrambos lados de la puerta del foro y saca de ella dos escrituras.)

que acelera mis latidos!)

BALS. Toma, mi Julio querido,

(Entregándole una de las escrituras.)

esta prueba de mi amor;
regalo de alto valor,
que bien tienes merecido.

JULIO. ¿Qué es, papá?
BALS. La donación
de casi todos mis bienes.
JULIO. ¡Jesús, y qué cosas tienes!
(Devolviéndole la escritura.)
BALS. Vamos, acepta, simplón.
JULIO. Toma y quema este papel. (Tómalo Balsán.)
Di: ¿desde cuándo has pensado
que por saber que era amado
yo necesitaba de él?
BALS. En éste dono á Ventura
un millón.
JULIO. Y ¿eso, papá? (Con sorpresa y disgusto.)
BALS. Regalo de boda.
JULIO. ¡Bah!
BALS. ¿Te pesa que á tu futura
le dé pruebas de mi aprecio?
JULIO. No... pero ¿si sucedía
que no fuera mujer mía?
BALS. Eres muy niño ó muy necio.
¡Quién puede esto presumir!...
JULIO. ¡Muy voluble es la mujer!
BALS. ¿A qué viene?...
JULIO. Puede ser...
¡Quién lee en el porvenir!
BALS. Mira, aunque eso sucediera
el millón le regalaba
para ver si así lograba
que feliz ella viviera.
¡Es tan bella! ¡tan virtuosa!
¡te ama tanto! (¡Le daré
lo que á su madre robé!)
JULIO. También fué futura esposa
de Pedro, y ya ves, papá...

BALS. Siempre á mi anhelo te opones.
JULIO. Es que tales donaciones...
BALS. Es mi gusto, y basta ya.

(Deja Balsán ambas donaciones en la arquilla; toma el sombrero y, desde la puerta, con desasosiego dice:)

(¡Es tarde y Sagrón no viene!
Prometió que volvería,
y, quizás, la cobardía
lejos de aquí le retiene!
¡Esa fiera ha de morir!
A Sagrón voy á buscar.)

ESCENA VII

JULIO Y JUANA

JUANA. (¡Ay! si no le puedo hallar
(Agitada y cabizbaja, sin reparar en Julio.)
todo lo he de descubrir!)

(Julio, embreñado en reflexiones, exclama, sin ver á Juana):

JULIO. (¡Bravo! ¡bravo!)
JUANA. (Enzarzada en ideas.) (¡Tigre! ¡vil!
tú conocerás á Juana!)
Señorito, hizo usted mal (Al ver á Julio.)
en moverse de la cama.
JULIO. Ya estoy bien.
JUANA. No, que la herida
no está bien cicatrizada.
Vamos, que es mucha imprudencia
el estarse en esta sala,
donde los aires circulan.
¡Jesús! y qué chiquillada!

JULIO. No me gruñas.
JUANA. Señorito,
gruñirle jamás osara:
el amor que le profeso
me ha dictado estas palabras.
JULIO. ¿Sabes que papá hace cosas
que me admiran por lo extrañas?
JUANA. ¿Cuáles?
JULIO. ¡Nada! que un millón
á mi futura regala,
aunque con ella no me una,
lo que es muy fácil.
JUANA. Me engaña...
Si la ama usted con delirio.
JULIO. Yo no niego que la amaba;
pero ayer murió ese amor
destrozado por la bala.
JUANA. ¡Plegue al cielo!
JULIO. Te lo juro.
Durante esas horas largas
en que abrasadora fiebre
mi fantasía exaltaba,
en tropel, tristes ideas
por mi cerebro cruzaban,
haciéndome derramar
de remordimiento lágrimas.
JUANA. ¿Quizá el temor á la muerte?
JULIO. Si la viera no llorara:
una vez se ha de morir;
que venga cuando le plazca.
JUANA. ¿Pues?
JULIO. Qué quieres que te diga...
Pensaba que fuí la causa
de la amargura de Pedro,

del disgusto de su hermana,
de las penas que del viejo
el noble pecho taladran,
y, en fin, llegué á persuadirme
de que me unía á una ingrata,
que se rindió á mis arrullos
por el oro fascinada;
que á su corazón de corcho,
no lo encogen ni dilatan
ni los helantes desprecios,
ni las abrasantes lágrimas,
que derraman sin cesar
los de casa Margelada;
que esa mujer el amor
pone á pública subasta,
vendiendo su corazón
como se vende una casa.
¡La que fué ingrata una vez (Sentencioso.)
será otras veces ingrata,
que engendran la ingratitud
sólo las almas bastardas!

JUANA. Le sobra razón, don Julio;
no conviene esa muchacha.
(Tiene tan mal corazón (Ensimismándose.)
esa hiena sanguinaria,
que, de seguro, á estas horas!...)

JULIO. ¿Qué tienes? Di. (Reparando en la tristeza de Juana.)

JUANA. Nada.

JULIO. Juana,
tú estás muy triste.

JUANA. (Ensimismándose de nuevo.) Si hoy mismo
yo no le hallo, me las pagas
todas juntas, asesino.)

JULIO. ¡Jesús! y qué reservada (Acariciándola.)

estás conmigo, ama mía.

JUANA. Señorito...

JULIO. ¿Qué te pasa?

JUANA. ¿A mí?

JULIO. ¡Secretos conmigo!
Reñiremos, doña Juana,
si al momento no me explicas
cuanto tu mente forjaba.

JUANA. (Se presenta la ocasión:
protegedme, Virgen santa,
para que pueda contarle
tantas verdades amargas
sin que acaben con su vida,
sin abatanarle el alma.)

JULIO. Dime ¿en qué piensas?

JUANA. Tristezas,
señorito, recordaba.

JULIO. Sé expansiva.

JUANA. ¡Horrenda historia!
que oí contar en Matanzas.

JULIO. Como me tiene arrestado
la herida esta noche en casa,
un cuento vendrá muy bien
para matar la velada.

(Hace Juana cuanto Julio le dice en los siguientes versos.)

Mira, acércate una silla
aquí, junto á mi butaca.
Empieza el cuento. Más cerca.
Así, así.

JUANA. (¡Virgen santa!
dadme fuerzas!)

JULIO. Ya te escucho.
Vamos, di. (Algún cuento de hadas.)

(Burlándose.)

JUANA. En el año... no sé cuántos,
el Océano cruzaba
fragata de alto aparejo,
perfectamente artillada,
que era el espanto de todos
los que en la mar navegaban.
JULIO. ¡Cuento de mar! Bien, muy bien.
JUANA. Ebriosa turba, sin alma,
sin religión y sin freno
tripulaba la fragata.
Cometieron tantos crímenes
esos infames piratas,
esos viles asesinos,
que la sangre derramada
por ellos enrojeció
del charco inmenso las aguas.
Un día... (¡Dios bondadoso!)
JULIO. ¡Jesús! qué historia!... ¡Me espanta!
(En son de broma.)
JUANA. Un día ¡día de horrores!
en que las olas airadas
negruzcas y atronadoras,
cual altas lomas se alzaban,
los del buque maldecido
vieron gallardo brigbarca
que, á palo seco, corría
el temporal que reinaba.
JULIO. ¡Te explicas como un marino!
JUANA. Esclava fuí de un canalla
y seis años navegué
á bordo de su fragata.
Ya lo sabe usted.
JULIO. Lo sé
desde que me amamantabas.

Me hiciste temblar mil veces
contándome sus hazañas.
¡Las hazañas de un negrero!
Si á él te refieres, basta,
que no he de escuchar jamás
de ese pillo las infamias.

JUANA. No son las suyas.

JULIO. Prosigue.

JUANA. Decía... que...

JULIO. Los piratas,
los de aquel maldito buque,
vieron gallardo brigbarca
que, á palo seco, corría
el temporal que reinaba.

JUANA. «¡Orsa y á ellos!» gritó
el pirata.» «Por la banda
de estribor, al abordaje.
¡Zafarrancho! ¡Fuego! ¡Atraca!»
En ese mismo momento
una andanada disparan
y, sedientos de riquezas,
¡ay! abordan al brigbarca,
asesinando, indefensos,
á cuantos lo tripulaban.
«¡A recoger, listo, listo!»
grita el capitán pirata,
¡ah! vil! mientras descendía,
fiero, de popa á la cámara.

(Empieza Julio á impresionarse.)

Había en ella una negra,
ante una Virgen postrada,
rogándole fervorosa
que la existencia salvara
de un niño, que de sus pechos

con la leche sustentaba,
al hijo del capitán
del abordado brigbarca.
El vil penetra sediento
de verter sangre en la cámara,
con el puñal en la boca
y en la mano la roja hacha.
Iba á matar á los dos (Creciente impresión en Julio.)
con el hacha ensangrentada,
cuando el niño por el ruido
hacia él volvió la cara.
Creyendo que una caricia
de su padre le aguardaba
sonrió y sus manos de nieve
tendió alegre hacia el pirata.
¡Escuchó la Santa Virgen
de la negra la plegaria!
Al ver al tierno angelito,
que sonriente le miraba,
cayó el puñal de su boca,
de su mano la roja hacha
y él se prosternó de hinojos,
besando manos y cara
de aquel risueño querube,
que el cielo le deparaba.

JULIO. ¡Triste, horroroso es el cuento!
(Vivamente conmovido.)
Di; que me interesa, Juana.

JUANA. (¡Santa Madona del Cobre,
protegednos!)

JULIO. ¿Qué te pasa?
¡Lloras!

JUANA. No, no, señorito.
Postrado en el suelo estaba,

admirando al niño, el vil
capitán de los piratas,
surcadas ambas mejillas
por dos torrentes de lágrimas,
cuando se oyó en la escotilla
una voz ronca, azorada
que decía: «¡Capitán!
¡capitán! en lontananza,
con rumbo aquí, se divisan
los faroles de una escuadra!»
«¡A bordo todos, aprisa:
largar juanetes y gavias!»
Rugió el capitán. «Y tú,
negra, quedas perdonada
si á venir conmigo accedes,
al chiquitín amamantas
y me juras que en su vida
sabrá quien soy; sino el hacha...»
La negra, la infeliz negra,
que tanto á aquel niño amaba,
¿para salvarle la vida,
diga usted, qué no jurara?
¡Lo que es por ella, primero, (Con energía.)
rinde la cerviz al hacha!
(Después de enjugarse las lágrimas, dice:)
Trasladólos él á bordo
de la artillada fragata
y un camarote lujoso
dióles en su misma cámara.
Navegaron así un año
hasta que en un puerto de África
fondearon para vender
lo robado y la fragata.
Después tomaron pasaje

en un buque para España,
donde viven, hace tiempo,
el niño, el ama y pirata,
que ha logrado con el oro
borrar su vida pasada
y con vil hipocresía
que se veneren sus canas.

JULIO. ¿Este cuento!... (Con asombro.)

JUANA. (¡Santo cielo!)
Pronto, muy pronto se acaba.
Sólo me falta decirle,
si de oirme no se cansa,
que el padre del tierno niño,
que por muerto se lloraba,
sobrevivió á las heridas
recibidas del pirata
y un día se presentó
del asesino en la casa
para reclamarle el hijo
y la fortuna robada.

JULIO. Y ¿el pirata qué hizo entonces?

JUANA. No lo sé...

JULIO. ¿Cómo se llama (Sospechando la verdad.)
el niño?

JUANA. ¿El niño?... Lo ignoro...

JULIO. ¡Ah! no. Dilo, dilo, Juana.

JUANA. Señorito...

JULIO. ¡El nombre! ¡El nombre! (Fuera de sí.)

JUANA. (¡Ay!)

JULIO. Di.

JUANA. Si el cuento lo calla...

(Oyese murmurio de voces.)

Oigo ruido. Entre en su cuarto.

(Vase Juana á abrir la puerta.)

ESCENA VIII

JULIO

¡Es coincidencia muy rara
lo del niño y de la negra
é incomprensibles sus lágrimas!
¡Ay! Si yo fuese aquel niño!... (Llorando.)
¡la negra ella!... ¡él el pirata!...
¡Dios santo! ¡No, no es posible!
¡Él es, sí, mi padre y me ama!
(Entra en su cuarto.)

ESCENA IX

JUANA, ANTÓN, ROSA, VENTURA y RAMÓN

JUANA. Pronto vuelvo. (A todos.) (¡Pobre Julio!)
(¡Amparadnos Virgen santa!)
(Vase al cuarto de Julio.)

ESCENA X

DICHOS, menos JUANA

ANT. Ya, señora de Balsán,
(Con acento acibarado, á Ventura.)
se halla en su nueva morada.
Sea usted feliz y olvide
al padre, á la tierna hermana,

al hermano cariñoso
¡ay! que tanto la adoraban!

VENT. ¡Padre, perdóneme usted, (Llorando.)
porque soy muy desdichada!

ANT. ¿Á la esposa de Balsán?...

VENT. ¡Oh! nunca!

ANT. Á la millonaria
poco le debe importar
el perdón de un Margelada,
de un viejo y tosco marino,
que le cupo la desgracia
de amparar y de querer
á la mujer más ingrata,
más falsa, más...

ROSA. ¡Padre! Padre,
¿no le conmueven sus lágrimas?
(Signo negativo de Antón.)
La que sin madre ha crecido
y sus consejos le faltan
que una sola vez zozobre,
padre mío, ¿quién lo extraña?
¿Podría, débil barquilla
que crespada ola separa,
con su fuerza omnipotente,
de la hospitalaria amarra,
correr sola un temporal,
juguete de fuertes rachas,
sin irse al momento á pique,
zozobrar ó embarcar agua?

ANT. ¡Es verdad! (¡Pobre Ventura!)
(Ventura estrecha con agradecimiento la mano de Rosa.)

ESCENA XI

DICHOS Y JUANA

JUANA. (¡Vierte raudales de lágrimas!)
(Refiriéndose á Julio.)
VENT. (¡Ay! Dios mío!)
JUANA. (Debo hablarle.) (A Antón.)
VENT. (¡Sus labios destilan hiel!) (Refiriéndose á Antón.)
JUANA. (¿Qué sabe de Timonel?) (A Antón.)
ANT. (Nada.) (A Juana.)
JUANA. (¡Tampoco! Contarle (A Antón.)
cierta historia me interesa.)
ANT. (Di, ya te escucho.) (A Juana.)
ROSA. (No llores.) (A Ventura.)
RAM. (¡Infeliz!)
VENT. ¡Qué sinsabores
os causo á todos!
ROSA. ¡Ca!... Cesa
de atormentarte, Ventura.
No quieras, no, entristecerte
cuando propicia la suerte
dicha completa te augura.
De Julio serás esposa...
¡Qué más placer!...
VENT. Tu ironía
de hiel llena el alma mía.
Calla y perdóname, Rosa.
JUANA. (¡Oh! sí; buscarle es preciso.) (A Antón.)
ANT. (¡Dios mío! si le habrán muerto! (A Juana.)
Cómo salir yo no acierto
de ese inmenso compromiso!)

(Di á Pedro que venga aquí.) (A Ramón.)

RAM. (Voy volando. Por favor, (A Antón.)
(En voz baja, refiriéndose á Rosa:)
que me devuelva su amor,
ó me mato.)

ANT. (Sí, hombre, sí.)

ESCENA XII

JUANA, ANTÓN, VENTURA Y ROSA

VENT. (¡Suya! ¡Oh! no me has comprendido!
(A Rosa, con la que sostenían conversación.)
Si vine aquí sólo fué
para á Julio decir, que
nunca mi alma le ha querido,
que en tu hermano idolatraba,
que intenso amor le fingía,
porque riquezas tenía,
que en mi locura anhelaba.)

ROSA. (¡Oh! Dios mío! harás muy mal. (A Ventura.)

VENT. (¡Ay! mis faltas purgaré: (A Rosa.)
sí, te juro que entraré
de hermana en un hospital.)

ANT. (Te aseguro por quien soy (A Juana.)
que se acordarán de mí.)

ESCENA XIII

DICHOS Y RAMÓN

RAM. (Dentro de poco está aquí.) (En voz baja á Antón.)

ANT. (Mil gracias.)
(Oyese la campanilla de la puerta.)

JUANA. (Espere.) (A Antón.)
(Vuelven á llamar.) Voy... (Va á abrir.)

ESCENA XIV

DICHOS, JUANA Y SAGRÓN

Sagrón, muy borracho, entra en escena con Juana y se sienta en una silla cerca de la puerta del foro

SAGR. ¿Está en casa el capitán? (A Juana.)
JUANA. No. (Sin perderle de vista.)
ANT. (¿Quién es éste?) (A Juana.)
SAGR. Paciencia.
JUANA. (Uno de los dos piratas.) (A Antón.)
SAGR. Aquí le aguardaré, negra. (A Juana en voz alta.)
JUANA. Bueno.
SAGR. Es lo más acertado...
(¡El ron el canguelo ahuyenta!)
JUANA. (¡Está borracho! Sí, sí.)
SAGR. (¡Qué eficaz es la receta (Encendiendo la pipa.)
del buen Tortosí!)
JUANA. (A Antón rápidamente.) (Al momento
á fuera todos.)
ANT. (¿Qué intentas?) (A Juana.)
JUANA. (Ya lo sabrá. Pronto, pronto. (A Antón.)
Finjan despedirse.)
ANT. (Sea, (A Juana.)
si es tu voluntad; mas dime...)
(Movimiento de impaciencia en Juana. Antón dice en seguida á Ramón, Rosa y Ventura:)
(Pronto seguid.) Cuando venga

dile que á verle estuvimos.

(En voz alta á Juana las últimas palabras, y luego á Ramón, Rosa y Ventura:)

(Aprisa, aprisa.) (¿Qué idea
tendrá?) (Vanse Antón, Rosa, Ventura y Ramón.)

ESCENA XV

JUANA Y SAGRÓN

(Sagrón, mientras Juana despide á los que acaban de salir de escena, exclama:)

SAGR. Jamás por las almas
he de encender una vela.
Venga ron y Anís del Mono:
en vez de iglesias, tabernas.
JUANA. Sagrón.
SAGR. ¿Quién me llama? (Levantándose.)
JUANA. Yo.
SAGR. ¡Hola! sandunguera negra!
JUANA. (He de saber la verdad
por la astucia ó por la fuerza.)
SAGR. ¡Estás rolliza y muy guapa!
JUANA. Sí, mucho...
SAGR. ¡Vaya! ¿Te acuerdas
de aquellos tiempos?
JUANA. Pues, no...
SAGR. Que con tu cara de brea
me llevabas á remolque
por los mares de cubierta?
JUANA. Sí, hombre...
SAGR. En tu mano tenías
sacar un alma de pena;

pero ¡siempre ingrata!

JUANA. Calla...
¡quién piensa en tales simplezas!

SAGR. ¡Ingratitudes! ¡Qué tiempos
aquellos! ¡Vaya! La *guerra*
oro nos daba á raudales
y el oro mujeres bellas.
¡Ya no volverán! ¡Mal hayan
las escuadras de Inglaterra,
las de Francia, las de España
y los chiquillos de teta,
pues, á no ser por el *crío*,
quizás durara la guerra!
¡Cuánto tarda el capitán!

JUANA. ¿Qué le quieres?

SAGR. (¡Tente, lengua!...)
Nada...

JUANA. ¡Secretos conmigo!
¿A que lo sé? Si á la negra
(Movimiento negativo de Sagrón.)
todo el señor lo confía.

SAGR. ¡Quiá! ¡Pse!...

JUANA. ¿Vaya una apuesta?

SAGR. Vayan mil.

JUANA. Te lo diré
sin ningún ambage.

SAGR. Venga.
¡Psi!... Muy quedo.

JUANA. De un encargo
has venido á darle cuenta.
Cuestión de... (Ademán de dar una puñalada.)

SAGR. ¿Conque lo sabes?
¡Perdido hubiera la apuesta!

JUANA. (¡Le habrá ya muerto; Dios mío!)

Y ¿bien?

SAGR. Le aguardo á que venga
para dar el golpe.

JUANA. (¡Vive!)

SAGR. Después haré rumbo á América
y allá, sin temor á nada,
viviré como se pueda.

JUANA. ¿Serás muy rico?

SAGR. No mucho...
Tengo algunas *pesetejas;*
pero él me da dos mil duros
si... (Ademán de dar una puñalada.)

JUANA. (¡Pillos!)

SAGR. ¿Creerás, negra,
que me faltaba valor
para?... (Igual ademán.)

JUANA. Quien esto creyera,
poco te conocería. (Signo afirmativo de Sagrón.)
¡Cá! hombre! Y ¿eso te arredra?
(Otros signos afirmativos de Sagrón.)
A ti que has muerto más gente...

SAGR. Fortuna de una receta,
que la debo á Tortosí.
Mira, con unas botellas
he recobrado el valor;
y, tanto, que ya me impacienta
que no esté aquí el capitán.
(Saca y abre una larga navaja.)
Voy á terminar la faena.
Para maldita la cosa
necesito su presencia.

JUANA. (¡Dios santo!) ¿Con la navaja?

SAGR. Está afilada, no temas.
Antes de cinco minutos

con los angelitos cena.

JUANA. Pero las manchas de sangre
nos descubrirán...

SAGR. ¡Quién piensa
en tales majaderías!

JUANA. Al señor no comprometas.

SAGR. ¿Cómo lo arreglamos?

JUANA. (Después de reflexionar.) Guardo
en mi cuarto una botella
de un veneno, que al catarlo
al instante mata.

SAGR. Venga.
Sí que irá bien.

JUANA. (Tomando la navaja á Sagrón.) La navaja.

(Vase Juana.)

ESCENA XVI

SAGRÓN

Sin poder tenerse en pie, adelanta hacia la puerta secreta y, tanteando la pared, dice:

SAGR. Por aquí ha de estar la puerta.
¡Sabe más que un abogado (Riendo.)
esa picarona negra!

ESCENA XVII

SAGRÓN Y JUANA

Juana sale con una botellita ó frasco en la mano

JUANA. Vamos. ¿Qué buscas aquí?

SAGR. El resorte de la puerta.

JUANA. (¡Una puerta falsa!)

SAGR. Mira

si lo encuentras. Bambolea
esta cámara de popa
como si hubiese mar gruesa.

JUANA. ¿No lo hallas?

SAGR. No.

JUANA. Por aquí...

(Buscando con impaciencia el resorte.)

(¡Si el señor me sorprendiera
me mataba!)

SAGR. Más abajo.

JUANA. (¡Dios mío!)

SAGR. Por aquí... Aprieta.

(Juana consigue hallar el resorte y se abre la puerta.)

Por fin... Pronto, á despachar.

JUANA. ¡Eh! cuidado... (Sosteniendo á Sagrón.)

SAGR. La receta
me ha subido, á no dudarlo,
un poquito á la cabeza.
Casi estoy chispo.

JUANA. Despacio...
¡Te caes!...

SAGR. No temas, negra. (Apoyándose en Juana.)

(Entran en la habitación secreta, dejando entornada la puerta.)

ESCENA XVIII

PEDRO

Algo grave pasará
cuando mi padre me manda
que, sin pérdida de tiempo,
vuelva otra vez á esta casa.
¿Qué sucede? No lo sé.

Por aquí no se ve un alma;
en parque y jardín tampoco.

(Acercándose al mirador.)

¡A fe mía, es cosa extraña!
¡Qué raro! Daré con ellos
mientras estén en la casa.

(Vuélvese por la puerta segunda de la derecha, por donde había entrado.)

ESCENA XIX

JUANA y TIMONEL

Sale Timonel transpostado y sin la barretina

JUANA. ¡Ah! no hay cuidado que chiste;
bien puesta está la mordaza.
¡Oigo pasos! ¡Dios eterno!
¡Aprisa!... ¡aprisa!

TIM. ¡Mi Juana! (Saliendo.)

(Juana cierra la puerta falsa.)

¿Dónde está Julio?

JUANA. Silencio:
ya le verá.

TIM. ¿Qué te pasa?

JUANA. ¡¡¡Balsán!!! Aprisa, señor,
que si aquí nos ve, nos mata.

(Juana coge por el brazo á Timonel y lo arrastra á su cuarto.)

ESCENA XX

BALSÁN

¿Sagrón en dónde estará
que en ningún lugar le he hallado?

¿De Masnou se habrá marchado
para no volver? ¡Quizá!
Juróme que volvería
¡y no viene! El tiempo pasa
y Timonel aquí, en casa,
mi desdicha labraría.
¡Un presentimiento cruel
desfibra mi corazón!
¡Si mi Julio ¡oh! maldición!
parara á los brazos de él!...
¡y el nombre de hijo le diera!...
¡y su historia le contara!...
¡y su frente le besara!...
¡y Julio me maldijera!...
¡Oh! no, no sucederá,
que aun tengo el pulso seguro
y un puñal que de este apuro
de un golpe me sacará.

(Balsán saca un puñal de una arquilla y se lanza desesperado á la habitación secreta, dejando abierta la puerta falsa.)

(Juana y Timonel, que han escuchado los últimos versos de Balsán, atraviesan precipitadamente la escena para pedir auxilio á Ramón, Pedro y Antón, que, con Ventura y Rosa, se hallarán cerca de la segunda puerta de la derecha.)

ESCENA XXI

TIMONEL, JUANA, ANTÓN, PEDRO, RAMÓN, VENTURA, ROSA y luego el DOCTOR, que se colocan formando círculo é interceptando todas las puertas, menos la falsa.

TIM. ¡Infame! ¡Vil asesino!
JUANA. Que no se pueda escapar.

ESCENA XXII

DICHOS Y BALSÁN

Balsán sale sin el puñal y enteramente desfigurado por la congestión cerebral. No ve á nadie y se adelanta hasta cerca de la concha del apuntador.

BALS. ¡Que volviera á asesinar
otra vez quiso mi síno!
Libre ya de Timonel
podré con afán prolijo
abrazar tranquilo á mi hijo:
¿quién podrá apartarme de él?

(Timonel, que durante los antecedentes versos se ha aproximado lentamente á Balsán, le dice):

TIM. Yo.

BALS. ¡Timonel! ¡Cielo santo! (Horrorizado.)

(Empieza la locura en Balsán, la que va aumentando gradualmente.)

¡Dos veces te maté ya
y vives! ¡Ja!... ¡ja!... ¡ja!... ¡ja!...
¡Huye; me causas espanto!
¡Hijo! ¡Julio! (Llamándole á gritos.)

(El Doctor, al comprender el estado de Balsán, adelanta hacia él.)

ESCENA XXIII

DICHOS Y JULIO

JULIO. ¡Padre mío!

(Timonel y Juana detienen á Julio.)

BALS. ¿Dónde estás, hijo del alma? (Sin conocer á Julio.)

(Timonel quiere abrazar á Julio y éste le rechaza bruscamente.)

JULIO. ¿Quién es? (A Juana, refiriéndose á Timonel.)
JUANA. ¡Ay! su padre!
DOCT. Calma. (A Balsán.)
BALS. ¡Julio!

(Julio intenta avanzar de nuevo hacia Balsán; pero Juana le intercepta el paso y le dice en voz muy alta:)

JUANA. Es el pirata impío
la hiena, el alma villana
que á su padre, fiero, hirió;
yo la negra.
JULIO. ¡El niño yo!
¡Ay! padre! (Abrazando á Timonel.)
ANT. ¡Fiereza humana!
BALS. ¿Dónde estás, mi Julio? Ven;
quiero estrecharte en mis brazos.
Tendréis que hacerme pedazos
para robarme á mi bien. (A todos con fiereza.)
¡Julio! ¡Julio! ¿Dónde está?
Espectros ¿qué me queréis?
¿Por qué á la vida volvéis
cuantos he muerto? ¡Ja!... ¡ja!...
RAM. (Ó ha perdido la razón (A Pedro.)
ó un nuevo lazo prepara.)
BALS. ¡Oh! sí, sí es la misma cara
(Mirando á Timonel.)
del que maté. ¡Sí, ellos son!
(Fijando en todos la mirada.)
Te reconozco: te herí (A Ventura.)
de un hachazo y te colgué:
por mí ingrata tu hija fué
y con mi Julio la uní.
VENT. ¡Madre mía!
ROSA. ¡Pobre hermana!
TIM. ¡Hijo mío! ¡Hijo querido! (Consolando á Julio.)

BALS. ¡También tu sangre he vertido! (Al Doctor.)
¡Ja!... ¡ja!...
JUANA. ¡Don Julio!
JULIO. ¡Mi Juana!
BALS. ¡Me causáis miedo! ¿No os vais?
¡Huid! ¡huid! por favor.
¡No apretéis tanto! ¡Oh! dolor!
(Creyendo que le sujetan con cuerdas.)
¡Ay! soltadme! ¿Qué anheláis?
¡Perdón! ¡perdón!

(Entra Balsán en la puerta primera de la izquierda, seguido del Doctor y de Juana.)

ESCENA XXIV

ANTÓN, VENTURA, ROSA, TIMONEL, JULIO, PEDRO Y RAMÓN

ANT. ¡Dios es justo!
TIM. ¡Hijo mío! (¡Desdichado!)
JULIO. ¡Padre! (Refiriéndose á Balsán y queriendo ir con él)
TIM. ¡Julio! (Deteniéndole.)
JULIO. ¡Si me ha amado tanto!
ANT. (¡Le mata el disgusto!)
TIM. (¡Ay! protegednos, Señor!)
JULIO. ¡Padre! ¡padre! (Refiriéndose á Balsán.)
TIM. ¡Hijo querido!
(Julio, yéndose á la habitación donde se halla Balsán, dice á Timonel:)
JULIO. ¡Si veinte años he vivido
á la sombra de su amor! (Timonel le sigue.)

ESCENA XXV

ANTÓN, ROSA, VENTURA, PEDRO y RAMÓN

ANT. ¡Infeliz! Nuestro cariño (A Ventura.)
volverá la paz á tu alma.
ROSA. Sí. (Acariciándola.)
VENT. ¡Su cariño! Dios justo!
no lo merece una ingrata!
ANT. Yo te lo perdono todo.
VENT. ¿Y tú, Pedro?
PEDRO. Como hermana
también te querré.
VENT. ¿Sí?
PEDRO. Sí.
(Rosa tiende la mano á Ramón.)
RAM. ¡Conque me amas! ¡Gracias! ¡gracias!
(Radiante de felicidad.)

ESCENA XXVI

DICHOS, DOCTOR, TIMONEL, JULIO y JUANA

DOCT. ¡El señor Balsán ha muerto! (Desde la puerta.)
Ha causado tal desgracia
un derrame cerebral.
(Salen Timonel y Juana, sosteniendo á Julio.)
ANT. ¡Jesús!
PEDRO. ¡Ha muerto!
TIM. ¡Ya su alma
ha dado al Juez infalible

de su vida cuenta exacta!
¡Julio, por Dios! (Al verle anegado en llanto.)

JULIO. Padre mío,
no le enojen estas lágrimas,
son tributo al misterioso
amor que me profesaba.
(Julio descansa la cabeza sobre el hombro de Juana.)

TIM. El que en la mar de la vida
(Dirigiéndose al público.)
proa á la honradez encara,
Dios conduce á su alma bella
al Puerto de la Bonanza. (Señalando el cielo.)

(Telón.)

FIN DEL DRAMA

OBRAS DEL AUTOR

La noya del Empordá. — Comedia en dos actos y en verso.

¡Misteris del mar! — Drama en tres actos y en verso.

¡Compraventa! — Drama en tres actos y en verso, preparado para el teatro catalán.

Als poetas.— Comedia en un acto y en verso.

Florejada bisbalenca. — Descripción en verso.

¡Mar de leva! — Drama en tres actos y en verso.

¡Espinas! — Colección de poesías. Segunda edición.

La mancha en el armiño. — Novela de costumbres españolas contemporáneas (dos tomos). Cuarta edición.

El duque de Ciempozuelos. — Novela de costumbres españoles contemporáneas (dos tomos). Tercera edición.

Sara Rosales. — Novela de costumbres españolas contemporáneas (dos tomos). Segunda edición.

EN PREPARACIÓN

La baronesa de La Vega. — Novela de costumbres españolas contemporáneas.

El veranillo de San Martín. — Novela de costumbres españolas contemporáneas.

¡Sepulcros blanqueados! — Drama en tres actos y en verso.

Los pedidos de obras deben dirigirlos los señores libreros al autor, **calle de San Cristóbal, núm. 7.**

FIGUERAS, *provincia de Gerona.*